

Deporte y poder: El caso del Real Madrid C. de F.

Eduardo González Calleja

Instituto de Historia del CSIC/Universidad Carlos III de Madrid

Resumen: El propósito de este trabajo es determinar qué fuerzas sociales y políticas aspiran a controlar el deporte y sus organizaciones, y qué influencia tienen éstos en la sociedad y en la política. Se trata de exponer someramente los factores que han incidido en la transformación del deporte en una fuente de poder y de influencia en la época actual, y poner de manifiesto algunos rasgos de la interrelación entre el deporte y una de las instancias fundamentales del poder social: la política. Para tratar de confirmar estas hipótesis, someteremos a análisis un ejemplo doméstico: la situación y la actitud respecto a las diversas fuentes del poder social de una entidad deportiva española suficientemente representativa, como es el Real Madrid Club de Fútbol.

Palabras clave: Poder, Política, Deporte, Influencia, Fútbol, Real Madrid C.deF.

Résumé: Le propos de ce travail est d'identifier les forces sociales et politiques qui aspirent à contrôler le sport et ses organisations, et déterminer le degré d'influence que ceux-ci ont sur la société et la politique. Nous exposons sommairement les facteurs qu'ont agi dans la transformation du sport en source de pouvoir et d'influence à l'époque actuelle, et mettons en évidence quelques traits de relation entre le sport et une des sources fondamentales du pouvoir social: la politique. Pour tenter de confirmer ces hypothèses, nous soumettons à analyse un exemple domestique: la situation et l'attitude envers les diverses sources de pouvoir social d'une entité sportive espagnole suffisamment représentative: le Réal Madrid Club de Football.

Mots-clé: Pouvoir, Politique, Sport, Influence, Football, Réal Madrid C. de F.

Tras los Juegos Olímpicos de Roma de 1960, François Mauriac dijo en el semanario *L'Express* que el siglo XX era el siglo del deporte. El deporte se ha convertido, en efecto, en uno de los fenómenos sociales clave del mundo contemporáneo, y como hecho cultural de masas manifiesta toda la complejidad y la ambigüedad de la época en que se desarrolla. Precisamente por su arrastre popular y por sus implicaciones económicas, políticas, sociales y simbólicas, su control y su eventual manipulación resultan objetivos prioritarios de los poderes públicos y de las esferas privadas de influencia. Y es que en pocas actividades humanas se da una conjunción tan densa de intereses contradictorios y de pasiones en litigio, junto con una

[*Memoria y Civilización (MyC)*, 7, 2004, 79-127]

representación tan diáfana de algunas de las aspiraciones más nobles del ser humano: solidaridad, generosidad, afán de superación física y moral, búsqueda del equilibrio corporal y espiritual... No cabe duda de que la simbólica del deporte ha sido una de las primeras en atravesar fronteras y constituirse en elemento primordial del mundo actual. Pero precisamente esta abrumadora visibilidad social y esa proyección universalista son elementos codiciados por cualquier entidad o particular con aspiraciones de predominio. De esa simbiosis de intereses ha surgido un deporte que ya no es un mero receptáculo de las ambiciones políticas, económicas, sociales o ideológicas de los poderosos, sino que se ha transformado en una fuerza en sí misma, generadora de sus propias esferas de poder, como parece demostrar la trayectoria pública de *managers* del deporte-empresa como el italiano Silvio Berlusconi. Como señalan Lüschen y Weis, el deporte es “una acción social que se desarrolla en forma lúdica como competición entre dos o más partes contrincantes (o contra la naturaleza) y cuyo resultado viene determinado por la habilidad, la táctica y la estrategia. El resultado de la competición establece una jerarquía que, en el deporte, revela preferentemente criterios de la dimensión de *status*, y no de las dimensiones de clase y de poder. El reconocimiento y prestigio conquistados por medio del deporte, que se suelen traducir en una recompensa de índole social en forma de honor y fama, pueden ser también de tipo material y aportar poder”¹.

¿Cómo una actividad lúdica surgida en Inglaterra, “domesticada” a lo largo del siglo XVIII y “exportada” a comienzos del XIX, ha podido convertirse en el gran espectáculo del mundo?. Parece evidente que el deporte ha logrado incorporar alguno de los significados esenciales de la moderna sociedad industrial (el *ethos* productivista, la proyección identitaria en el estado nacional secularizado, la búsqueda de la armonía social mediante la civilización de las costumbres), y de ahí ha dado el salto al *status* de espectáculo de masas en la sociedad globalizada. El propósito de este trabajo es determinar qué fuerzas sociales y políticas aspiran a controlar el deporte y sus organizaciones, y qué influencia tienen éstos

¹ Günther LÜSCHEN y Kurt WEIS, “Introducción”, en G. LÜSCHEN y K. WEIS, *Sociología del deporte*, Valladolid, Ed. Miñón, 1979, p. 9.

en la sociedad y en la política. Trataremos de exponer someramente los factores que han incidido en la transformación del deporte en una fuente de poder y de influencia en la época actual, y poner de manifiesto algunos rasgos de la interrelación entre el deporte y una de las instancias fundamentales del poder social: la política. Para tratar de confirmar estas hipótesis, someteremos a análisis un ejemplo doméstico: la situación y la actitud respecto a las diversas fuentes del poder social de una entidad deportiva española suficientemente representativa, como es el Real Madrid Club de Fútbol.

1. Algunas consideraciones preliminares de orden terminológico

a) Sobre la naturaleza multifacética del poder

Como dijo Bertrand Russell, la cuestión del poder es uno de los temas centrales de las ciencias sociales². Sin embargo, pocos conceptos son tan versátiles e imprecisos como el poder, cuyos aspectos míticos o creenciales resultan tan importantes como sus implicaciones de orden práctico. Norbert Elias señaló que el poder era una característica estructural de todas las relaciones humanas en la medida en que se éstas articulan mediante lazos de dependencia establecidos de grado o por la fuerza³.

En un principio, el poder podría ser definido como “la capacidad de un determinado agente social (individual o colectivo) para obligar a otro agente (o agentes) a hacer algo que él (o ellos) no haría de otro modo”⁴. El poder es, pues, la capacidad de actuar según los propios deseos sin cortapisas externas, y, en consecuencia, con voluntad de dominar al prójimo. Max Weber, que muy probablemente puede ser proclamado el fundador de la teoría contemporánea sobre el

² Bertrand RUSSELL, *Il Potere*, Milán, Feltrinelli, 1970, pp. 13-14 (1ª ed. inglesa en Londres, W.W. Norton, 1938).

³ Norbert ELIAS, *What is Sociology?*, Londres, Hutchinson, 1978, pp. 74 ss.

⁴ Bob JESSOP, *Orden social, reforma y revolución. Una perspectiva del poder, del cambio y de la institucionalización*, Madrid, Tecnos, 1972, p. 74.

concepto, definía el poder como “la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia o cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad”⁵. En su opinión, la posición de poder de un grupo político depende del prestigio que le confiere la creencia específica en la “juridicidad” de la acción comunitaria por él ordenada, en lo que concierne a la coerción física. Para hacer efectivo el ejercicio de esta coerción existe en las comunidades políticas desarrolladas un sistema de regulaciones casuísticas, al que se suele atribuir su específica legitimidad. Estas normas constituyen el “ordenamiento jurídico”, del que hoy se piensa que tiene su origen normal en la comunidad política, en la medida en que se ha apoderado, por lo general, del monopolio de la coerción física necesaria para hacer observar tal estructura normativa. Esta preeminencia del “ordenamiento jurídico” asegurado por el poder político ha sido fruto de un desarrollo muy gradual, en cuyo transcurso las otras comunidades generadoras y portadoras de sus propios recursos coercitivos (militares, religiosas, económicas, etc.) han ido perdiendo su propio poder sobre el individuo bajo la presión de cambios organizativos y económicos, y se han ido subordinando a la acción crecientemente invasiva de la comunidad política. En la sociedad moderna, el poder legal está detentado por una burocracia crecientemente especializada, que realiza actividades regulares bajo el control de una autoridad regulada por normas, y adopta medidas metódicas para asegurar el cumplimiento regular y continuo de los deberes oficiales y para la ejecución de los correspondientes derechos⁶.

Para el funcionalismo, el poder de una unidad social no radica en su potencialidad coactiva, sino en su capacidad, a través de la invocación de obligaciones generales, de contribuir a fines colectivos, y de producir los bienes comunes que desean los participantes en este

⁵ Max WEBER, *Economía y Sociedad*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 43.

⁶ Antonio PASSANO, “Introducción” a *Sociología del poder*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991, pp. 23-27.

proceso de acción colectiva⁷. En ese sentido, Gamson define el poder como “la capacidad de un sistema para utilizar y movilizar recursos para la realización de bienes colectivos”⁸. Blalock considera que el poder es el resultado de una función multiplicativa de tres tipos de variables: los recursos disponibles (R), el grado en que éstos son movilizados (D) y la eficiencia del esfuerzo movilizador (E), es decir, la selección de un tipo de acción y de un nivel de recursos que maximicen las probabilidades de éxito, según la fórmula: $P = kRDE$ ⁹.

Según Nieburg, el poder entendido de forma genérica es la capacidad para dirigir energía para modificar o controlar el entorno, expresar valores (designios, fines) a través de la intervención en la configuración de las cosas. En términos del entorno social, el “poder” puede ser visto como la capacidad de dirigir la energía humana (actitudes y conductas) para expresar o realizar algunos valores mediante la organización, el uso, la modificación y el control de los materiales físicos y humanos¹⁰.

Como puede intuirse con las diversas definiciones que hemos traído a colación, la conformación y la naturaleza del poder es uno de los asuntos más debatidos por la ciencia política. En todo caso, Weber advirtió que el poder es, fundamentalmente, un fenómeno de relación entre dominantes y dominados, no una potencialidad que cualquiera pueda poseer. Se basa más bien en la capacidad de influir en las acciones de los otros en dirección a sus fines, con posibilidad de imponer alguna sanción en el caso de que las personas influidas no

⁷ Talcott PARSONS, *Politics and Social Structure*, Nueva York, The Free Press, 1969, p. 364, definió el poder como “la capacidad generalizada de obtener que las unidades pertenecientes a un sistema de organización colectiva se ajusten a sus obligaciones, siempre que éstas sean legítimas en relación con los fines colectivos”.

⁸ William A. GAMSON, *Power and Discontent*, Homewood, Dorsey Press, 1968, p. 12.

⁹ Hubert M. BLALOCK Jr., *Power and Conflict. Toward a General Theory*, Newbury Park-Londres-Nueva Delhi, Sage, 1989, p. 27.

¹⁰ Harold L. NIEBURG, *Political Violence. The Behavioral Process*, Nueva York, St. Martin's Press, 1969, p. 10.

actúen en el sentido deseado¹¹. Sin embargo, la asimilación del poder o la potencia con “el ejercicio de una fuerza que se aplica, que se dirige hacia algo o alguien”¹² no da cuenta de la complejidad del fenómeno. Al definir el poder como “la medida en que se influye en el comportamiento de los otros en base a las propias intenciones”, Goldhamer y Shils advierten que esta influencia se puede ejercitar, ciertamente, por medio de la fuerza cuando se incide en el comportamiento ajeno por medio de una manipulación física del individuo subordinado. Pero también se puede obtener por medio de la dominación, cuando se influye en el comportamiento explicitando a los otros qué se desea que hagan, y por medio de la manipulación, cuando se influye mediante símbolos o acciones en el comportamiento de los otros sin explicitar la conducta que desea que éstos observen. De modo que el término “poder” puede presentar tres acepciones básicas: poder como fuerza que rige la atribución o la retirada coactiva de recursos, como influencia (manipulación de las condiciones que rodean a la gente para que actúen como apetece a quien lo ejerce) y como autoridad, por razones de tradición, carisma, ascendiente moral, cargo público, etc., y que no se suele ejercer con violencia¹³. Estas tres suertes de poder suelen presentarse juntas en la realidad social y política cotidiana.

Otros autores han tratado de esbozar clasificaciones que dieran cuenta de la multiplicidad de orígenes y formas de ejercicio del poder social. Galbraith diferenciaba poder penal (basado en la sumisión a la voluntad del otro mediante la amenaza o la realidad de la pena aplicada), remunerativo (sumisión por la promesa o realidad del premio obtenido) y condicionante (sumisión por la persuasión, la educación y la cultura¹⁴). Por su parte, en su extenso tratado sobre las fuentes del poder,

¹¹ David EASTON, *Il sistema politico*, Milán, Comunità, 1963, p. 127.

¹² Pietro PRINI, “La violencia del poder”, *Cuenta y Razón*, nº 22, enero-abril 1986, p. 21.

¹³ Herbert GOLDHAMER y Edward A. SHILS, “Types of power and status”, en S.S. ULMER (ed.), *Introductory Readings in Political Behavior*, Chicago, McNally & Co., 1961, pp. 334-337.

¹⁴ John Kenneth GALBRAITH, *The Anatomy of Power*, Londres, Hamilton, 1984.

Michael Mann resalta tres pares de características formales del poder, susceptibles de combinarse para acentuar su eficacia social:

1. El *poder colectivo* es el resultante de la acción conjunta de dos actores, que colaboran para explotar la naturaleza o a un tercer actor (ej: el resultante de las actividades de una empresa). El *poder distributivo* es el poder de un actor sobre otro, de modo que para que uno lo obtenga, el otro debe perderlo de alguna manera (ej: el poder coactivo monopolizado por el Estado).
2. El *poder extensivo* es el que es capaz de organizar grandes masas de población en territorios extensos (ej: las viejas estructuras políticas imperiales). El *poder intensivo* es el que moviliza un alto grado de avenencia entre quienes participan de él (ej: el emanado de organizaciones partidistas, sindicales, sectas religiosas, etc.).
3. El *poder autoritario* es el emanado de las órdenes procedentes de la voluntad de un actor, que implica la obediencia consciente de los subordinados (ej: el poder burocrático). El *poder difuso* es el que se propaga de manera indirecta, espontánea, inconsciente y descentralizada (ej: el poder cultural y simbólico).

Lasswell y Kaplan ya advirtieron en su momento que el poder era una relación triádica, donde intervenían el actor que ejercía el poder, el sujeto paciente que lo soportaba y el área de actividad con respecto a la cual se ejercía ese poder¹⁵. En ese sentido, Mann enumera cuatro fuentes sustantivas del poder, que, en su perspectiva, determinan la fisonomía general de las sociedades:

1. El *poder ideológico*, procedente de la necesidad humana de dotar a la vida de un significado último, compartir normas y valores, y participar en prácticas estéticas y rituales. Las religiones e ideologías laicas (con sus sistemas de significados,

¹⁵ Harold D. LASSWELL y Abraham KAPLAN, *Potere e società*, Milán, Etas Compass, 1969, pp. 90-93.

[MyC, 7, 2004, 79-127]

valores, normas, estéticas y rituales) son la plasmación fundamental de este poder, eminentemente difuso.

2. El *poder económico*, que nace de la necesidad de extraer, transformar, distribuir y consumir los recursos de la naturaleza.
3. El *poder militar* como organización social de la fuerza física. Nace de la necesidad de organizar la defensa y la utilidad de la agresión. El poder militar es, por su propia naturaleza, autoritario, pero posee aspectos tanto intensivos como extensivos.
4. El *poder político*, que surge por la necesidad de una regulación centralizada y territorial. Equivale a poder estatal, y su naturaleza es autoritaria, ya que se suele ejercitar impartiendo órdenes desde un centro.

Las sociedades se estructuran mediante la interacción de estas cuatro fuentes de poder, que no existen de forma pura, ya que Mann reconoce que hay escasas posibilidades de que una sola fuente de poder sea capaz de determinar por sí sola la estructura global de una colectividad. Una organización económica, por ejemplo, requiere que algunos de sus miembros compartan normas y valores ideológicos. También necesita una defensa militar y una regulación política estatal. De modo que los poderes se entretajan en una compleja interacción de fuerzas institucionalizadas y emergentes. Las diferentes combinaciones dependerán de la relación permanente entre las configuraciones de poder históricamente dadas y las que aparecen entre ellas y dentro de ellas¹⁶. Ni que decir tiene que el deporte participa de la mayor parte de estas formas y fuentes de poder, sin adscribirse plenamente a ninguna de ellas, aunque, sobre el papel, su naturaleza fundamentalmente lúdica parecería refractaria a las configuraciones más coactivas dirigidas a obtener consentimiento. La diferenciación establecida por Carl Friedrich entre dominio e

¹⁶ Michael MANN, *Las fuentes del poder social, II. El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 22-27.

influencia sería especialmente adecuada para calibrar el modo de influencia social dominante en la institución deportiva, ya que, como señaló Dahl, es la amenaza de sanciones lo que distingue al poder de la influencia en general¹⁷. El dominio designa al poder político estabilizado, estructurado e institucionalizado, donde la obediencia se torna un comportamiento consuetudinario, mientras que la influencia sería un tipo de poder indirecto y no estructurado. A menudo, la medida real de la influencia consiste, no en la elaboración consciente de decisiones, sino en la creación de una determinada atmósfera decisional gracias a su efecto sobre actitudes, creencias y valores no inmediatamente conexos a las decisiones. En general, la influencia es poder no expresado en forma de orden, porque las preferencias a las que se adecua la conducta de las personas sujetas al poder pueden manifestarse de formas diferentes, como el elogio o la censura hacia un determinado tipo de comportamiento, o, simplemente, la adopción de comportamientos que sirvan como ejemplo o como objeto de emulación¹⁸.

b) Los significados y los rasgos esenciales del fenómeno deportivo

El deporte es uno de esos fenómenos sociales que Marcel Mauss denominó “totales”, ya que integra comportamientos, ritos, representaciones, normas y valores de orden económico, ético, estético, pedagógico, político, etc. De ahí la multiplicidad de definiciones que han tratado de constreñir una realidad extraordinariamente polisémica.

El origen de la palabra “deporte” está vinculado a su dimensión lúdica. El concepto se fue formando en las lenguas latinas entre los siglos XI y XIII para referirse al juego y al ejercicio físico competitivo. En Francia la palabra *desport* (placer, diversión) aparece a fines del siglo XII en un romance normando como el conjunto de

¹⁷ Robert A. DAHL, “The Concept of Power”, en S. SIDNEY ULMER (ed.), *Introductory Readings in Political Behavior*, Chicago McNally & Co., 1961, p. 345.

¹⁸ Carl J. FRIEDRICH, *Man and his Government*, Nueva York, McGraw Hill, 1963, pp. 195-210.

medios gracias a los cuales se pasa el tiempo de forma agradable: conversación, distracción, broma y juego¹⁹. Como sinónimo de “entretenimiento” pasó en el siglo XIV a Inglaterra, donde acabó por designar una manera privilegiada de vivir de la nobleza. En el siglo XVIII, el *sportsman* designaba ya un estilo de comportamiento elitista formado por una mezcla de apostura, buenos modales, corrección, respeto y *fair play*, que se asemeja a la actitud social del *gentleman*. De hecho, los ambientes de donde surgió el deporte moderno (tiro, esgrima, equitación, remo...) fueron fundamentalmente aristocráticos y universitarios. Para Rigauer, el deporte moderno es un producto “burgués”, una recreación practicada inicialmente por los miembros de las clases dominantes para su propio placer²⁰. Sin embargo, ya en esa época de transición a la contemporaneidad, la movilización de las clases subordinadas implicó la integración progresiva del pueblo en los juegos de *sport*. Entre los siglos XVIII y XIX, de esta caracterización individual y popular se pasó en Inglaterra al deporte como promoción, integración social y pedagogía, especialmente de las clases altas y de las instituciones educativas aristocráticas²¹. Fue Thomas Arnold quien, en el siglo XIX, confirió al término *sport* la fisonomía actual de competición lúdica para la formación cultural y moral, que será recogida por el movimiento olímpico a fines de la centuria²².

El *Dictionnaire Larousse* define el deporte como “práctica metódica de ejercicios físicos con el fin de aumentar la fuerza, la destreza y la belleza del cuerpo”, y de forma más omnicomprendiva, como “ejercicios [...] aplicados metódicamente no sólo en vista del

¹⁹ Georges PETIOT, “La langue des sports”, en *La Banque des Mots*, n° 10, París, PUF, 1965, p. 156.

²⁰ Bero RIGAUER, *Sport und Arbeit. Soziologische Zusammenhänge und ideologische Implikationen*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1969. En el capítulo décimo de su *Teoría de la clase ociosa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, Thorstein VEBLEN llegó a hablar del deporte como conducta depredadora atávica de las clases no productivas de la sociedad.

²¹ José María CAGIGAL, *El deporte en la sociedad actual*, Madrid, Prensa Española/Magisterio Español, 1975, p. 21.

²² Michel BERNARD, “Sport. Le phénomène sportif”, *Encyclopaedia Universalis*, París, Encyclopaedia Universalis, 1988, vol. XVII, pp. 121-122.

perfeccionamiento del cuerpo humano, sino también de la educación y el espíritu”. En efecto, a diferencia de otras actividades lúdicas, el deporte tiene pretensiones de formación integral del individuo, pero la profundización en la práctica competitiva le puede enajenar todo o parte de su carga recreativa, hasta transformarlo en una ocupación, una profesión y un negocio. El *Diccionario de la Real Academia Española* también diferencia el componente de “recreación, pasatiempo, placer, diversión” y el factor de “juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento o sujeción a normas”. El significado tradicional de deporte es el de juego competitivo realizado con ejercitación física, pero la actividad deportiva se diferencia del juego en que es intensiva, reflexiva y controlada.

Como advierte Magnane, el deporte es “una actividad de tiempo libre cuya dominante es el esfuerzo físico, partícipe a la vez del juego y el trabajo, practicada de forma competitiva, comportando reglamentos e instituciones específicas. Y susceptible de transformarse en actividad profesional”²³. A diferencia de otras actividades físicas como la gimnasia, el deporte tiene dos características fundamentales: su carácter público y sobre todo la búsqueda de la proeza y de la marca física mensurable, y por lo tanto susceptible de dar lugar a confrontaciones, resultados y récords. La evolución del deporte hacia una creciente competitividad, seriedad en la participación y búsqueda de triunfos, enmarcados dentro de una actividad cada vez más profesionalizada y socialmente prestigiosa, impuso una separación creciente entre la práctica cotidiana del deporte como pasatiempo propio del *homo ludens* (el deporte para todos) y el deporte-espectáculo de la alta competición profesional —un deporte contemplado pasivamente por la mayor parte de la población—, basado en el rendimiento medido en resultados y marcas, que ha sido el más relacionado y manipulado por el poder, especialmente el político.

Otro rasgo inherente al deporte moderno es su carácter marcadamente preceptivo. El deporte contemporáneo nació en Europa

²³ Georges MAGNANE, *Sociologie du sport*, París, Gallimard, 1966, p. 81.

en la segunda mitad del siglo XIX con la adopción de los reglamentos e instituciones que han conducido a los juegos físicos tradicionales “del ritual al récord”²⁴. Como señala Parlebas, “el deporte es el conjunto finito y numerable de las situaciones motrices, codificadas bajo la forma de competición, e institucionalizadas”²⁵. Para García Ferrando, deporte es “una actividad física e intelectual humana, de naturaleza competitiva, gobernada por reglas institucionalizadas”²⁶. Norbert Elias lo definía como “ejercicios físicos competitivos de forma altamente regulada”²⁷. El juego deportivo se vertebra, pues, a través de un *corpus* de reglas que rige las condiciones de su práctica y fija las modalidades de interacción. Son normas autolimitadoras de los gestos y comportamientos que presuponen la aceptación de una autoridad inapelable. De modo que existe un deporte-espectáculo, un deporte-competición, un deporte-juego, un deporte-rivalidad, un deporte-esfuerzo, etc.²⁸, cuya relación con el poder —o los poderes— resulta harto variable.

2. La actividad deportiva y sus modos de proyección simbólica en la sociedad contemporánea

Desde fines del siglo XIX, el deporte se ha transformado en una institución con su estructura, su jerarquía, su organización y sus reglamentos específicos. En tanto que institución, tiende a reproducir el sistema económico, social y político que lo ha engendrado, y como elemento de estabilización y de control social, se ha empleado para disciplinar y discriminar a los que no parecen aceptar los valores proclamados por dicha institución. La transformación del deporte en

²⁴ Raymond THOMAS, Antoine HAUMONT y Jean-Louis LEVET, *Sociología del deporte*, Barcelona, Eds. Bellaterra, 1988, p. 9.

²⁵ Pierre PARLEBAS, *Elementos de sociología del deporte*, Málaga, Junta de Andalucía/Unisport, 1988, p. 49.

²⁶ Manuel GARCÍA FERRANDO, *Aspectos sociales del deporte. Una reflexión sociológica*, Madrid, Alianza-Consejo Superior de Deportes, 1990, p. 31.

²⁷ Norbert ELIAS, “Introducción”, en Norbert ELIAS y Eric DUNNING, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 36.

²⁸ CAGIGAL, *El deporte en la sociedad actual*, p. 21.

un impactante fenómeno de masas se basa, precisamente, en su poder de influencia, a través de la proyección simbólica de sus mitos y valores sobre los ámbitos fundamentales de la actividad social.

a) El deporte-empresa: la proyección de la lógica productivista de la sociedad industrial

El deporte, que en el pasado se presentaba como un simple entretenimiento, está íntimamente vinculado a la estructura de la sociedad industrial, ya que actúa como complemento del trabajo, compensando el esfuerzo físico del obrero, difundiendo la imagen de su pretendida autonomía y de su libre y total expansión cultural, y transmitiendo con su práctica un alto grado de optimismo ideológico. Se llega así al ideal de la clase obrera deportista, leal, volcada en el *fair play*, que acepta libre y alegremente las reglas del juego capitalista. Pierre de Coubertin ya habló del “buen humor social” que provocaba el deporte como medio de masificación nacionalista que permitiría la fusión de clases en un solo entusiasmo. Hargreaves señala que la hegemonía burguesa en el deporte contemporáneo se consume tras la Segunda Guerra Mundial con la definitiva integración de la fuerza obrera en la cultura deportiva²⁹. Sin embargo, en los países socialistas no se suprimió el deporte, sino todo lo contrario.

En realidad, con la difusión social del deporte y su creciente normativización, éste ha llegado a adquirir unas características semejantes a las del trabajo: entrenamientos agotadores, búsqueda de marcas, aplicación de métodos científicos para mejorar el rendimiento personal y colectivo, etc. El deporte moderno se caracteriza por su secularismo, por ofrecer igualdad de oportunidades para competir, por la claridad y accesibilidad de las condiciones de competencia, por la especialización de roles, por la racionalización, por su organización burocrática y por la búsqueda del récord; todos ellos rasgos comunes con la producción industrial³⁰. Además, el deporte refuerza la ética del

²⁹ J. HARGREAVES, *Sport, Power and Culture*, Cambridge, Polity Press, 1986.

³⁰ Allen GUTTMANN, *From Ritual to Record. The Nature of Modern Sports*, Nueva York, Columbia University Press, 1978, pp. 15 ss.

trabajo duro, del éxito y de la lealtad de grupo, valores necesarios para el funcionamiento y la pervivencia de la sociedad industrial avanzada.

Los sociólogos freudomarxistas franceses han extremado esta argumentación, y han presentado el deporte como la sublimación de la práctica económica del capitalismo. Jean-Marie Brohm destaca que el deporte obedece a la lógica productivista de las sociedades capitalistas industriales contemporáneas, obsesionadas por la competencia y la productividad, y señala homologías entre el juego competitivo y la concurrencia del mercado, o entre las categorías capitalistas de gestión industrial y las categorías deportivas³¹. Por ejemplo, el impulso científico producido desde fines del siglo XIX para la medición cronométrica y estadística de la producción (la reificación del espacio y del tiempo por vía de su cuantificación) dio lugar al récord como elemento esencial en la apreciación del esfuerzo deportivo. La objetivización de la ganancia en un régimen de libre competencia tiene su correlato en los campeonatos deportivos. El esquema constitutivo de la técnica deportiva (competición-rendimiento-medida-récord) reproduce el mismo proceso del sistema de producción capitalista, con su imperativo de rendimiento máximo, y máximo provecho y plusvalía. La preparación de la fuerza de trabajo para el trabajo industrial se ha realizado a través de la división de funciones y la especialización técnica con vistas a un mayor rendimiento. En el deporte se ha producido un proceso similar. Por medio de la hiperespecialización y del imperativo de la excelencia técnica, la fuerza deportiva se ha transformado en fuerza productiva, hasta el extremo de derivar en la mercantilización del cuerpo humano. La sumisión a la técnica y la despersonalización del cuerpo conducen a la manipulación política y biológica del deportista y a su creciente despersonalización.

³¹ Sobre la analogía estructural entre el capitalismo industrialista y una actividad socializada como el deporte, vid. Jean-Marie BROHM, “Sociología política del deporte”, en “Partisans”, *Deporte, cultura y represión*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978, pp. 17-31 y “20 Tesis sobre el deporte”, en José Ignacio BARBERO (ed.), *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1993, pp. 47-55.

Para Brohm, la práctica deportiva en tanto competición constituye un factor de alienación de los deportistas. Promovido de este modo a una función de integración social y nacional, el deporte constituye un instrumento político. El alcance de este instrumento viene reforzado por la formación y la difusión de una ideología deportiva cuyo único objeto es disimular las contradicciones de la sociedad capitalista. En suma, el deporte constituye la reproducción de los valores de la sociedad capitalista funcionando como una superestructura ideológica positiva (es la institución del reino de la positividad), neutra (nunca llega a cuestionar el orden establecido), integradora (es un modo de comportamiento y un modelo social prestigioso y valorado) y ritual (se ha convertido en el ámbito de la mitología profana auspiciado por los *mass media*), y convirtiéndose en objeto de consumo de masas que hace que éste sea vivido como una cultura cotidiana³². A nivel internacional, esta ideología sirve a la coexistencia pacífica y a la comprensión entre opresores y oprimidos.

Por último, existe una homología entre las categorías jurídicas implícitas en el sistema capitalista y las normas que gobiernan el sistema deportivo: elitismo exacerbado (basado en la concepción del deportista como *self made man*), espiritualización de la jerarquía del poder (desarrollo del asociacionismo privado basado en el club como célula básica cuasi-familiar de organización deportiva pretendidamente democrática³³), y búsqueda de la necesaria disciplina corporal y moral que dé cohesión al grupo.

³² Jean-Marie BROHM, *Sociología política del deporte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 97.

³³ Los primeros clubs deportivos fueron creados en Gran Bretaña en el siglo XVIII por aristócratas deseosos de fijar las reglas del juego que practicaban y controlar la procedencia social de los jugadores. La evolución del fútbol inglés de 1840 a 1913 es representativa de la constitución del club como modelo de organización de la práctica en el deporte contemporáneo: asociación voluntaria pero abierta, organización cuyo objetivo es la marca y el resultado, institución que racionaliza la competición por medio del control de las reglas. Un modelo en el que la burguesía y la clase media urbana jugaron un papel importante, al poner a prueba su capacidad de organización y su eficacia. En un siglo, este modelo se generalizó, democratizó institucionalizó, y con las transformaciones sociales y materiales, en especial [MyC, 7, 2004, 79-127]

En su crítica a estas tesis defendidas por la sociología deportiva francesa de extrema izquierda, Meynaud cree que Brohm atribuye al sistema capitalista características que son propias de la civilización técnica en cuanto tal³⁴. Pero se mantiene la preocupación por la explotación racional y su denuncia de la valorización exacerbada de la competición deportiva en provecho de intereses puramente económicos. Para Cazorla, “no cabe duda de que el tremendo desarrollo que ha cobrado en nuestro siglo [se refiere al XX] la práctica deportiva está muy en relación con el aumento de intereses económicos de toda condición que se desenvuelven en torno a él”³⁵. Idea compartida por García Ferrando, para quien “no cabe duda alguna hoy en día de que el deporte es un gran negocio. Además de ser una industria por sí mismo, el deporte también estimula la actividad económica en una diversidad de actividades empresariales, de tal modo que el entramado deportivo representa un negocio multimillonario en cualquier país avanzado”. Al ser una actividad en expansión, los gobiernos tratan de controlar, al menos en parte, las vertientes políticas, legales y administrativas del entramado deportivo, promulgando normas y leyes que ordenen el sector, a la vez que dedican más recursos materiales, tanto para el deporte de alta competición como para la promoción popular deportiva³⁶. Cuando el deporte-espectáculo se desarrolla, la vertiente económica del hecho deportivo se multiplica, ya que el elemento comercial y especulativo se transforma en un factor omnipresente. Se llega así a la transformación actual del deporte de masas en una empresa capitalista más dentro de la industria del espectáculo, vinculada a una red creciente de intereses económicos con la creciente incidencia de los ingresos por derechos de transmisión o por patrocinio: esponsorización, contratos comerciales a

el aumento del tiempo libre, el modelo del club se difundió por el mundo desde fines del siglo XIX a la actualidad, pasando de la aristocracia y la clase media a los colegios, universidades, empresas, cooperativas, municipios, parroquias, etc. (A. HAUMONT, “La práctica deportiva”, en THOMAS, HAUMONT y LEVET, *Sociología del deporte*, pp. 70-71).

³⁴ Jean MEYNAUD, *El deporte y la política. Análisis social de unas relaciones ocultas*, Barcelona, Ed. Hispano Europea, 1972, p. 275.

³⁵ Luis M^a CAZORLA PRIETO, *Deporte y Estado*, Barcelona, Ed. Labor, 1979, p. 26.

³⁶ GARCÍA FERRANDO, *Aspectos sociales del deporte*, p. 195.

nivel federativo, *merchandising*, incremento espectacular de la industria de equipamiento deportivo y de la cobertura otorgada al fenómeno por los medios de comunicación, etc.

b) El deporte civilizador: su función reguladora y reproductora de la sociedad moderna

Otra virtualidad del deporte generadora de poder ha sido su capacidad para canalizar la potencial agresividad humana hacia enfrentamientos más triviales, pero que mantienen una fuerte carga simbólica. En su obra *Sobre la agresión*, Konrad Lorenz describió la función del deporte en términos de una lucha competitiva altamente ritualizada, y que por lo tanto muy raramente conduce a la destrucción de los contendientes³⁷. Pero ello no siempre ha sido así. Evocando la Edad Media, un historiador recuerda que “los juegos se parecían a la guerra y la guerra se parecía a los juegos³⁸. Por ejemplo, en esa época los reyes y las autoridades de los pueblos ingleses trataron de acabar con la práctica del *foot ball* porque acababa indefectiblemente en derramamiento de sangre³⁹. Luego, como señala Norbert Elias, la adopción paulatina de pautas de autocontrol personal y colectivo trajo consigo la atenuación progresiva de la brutalidad agonal. La “deportivización” de pasatiempos otrora violentos es una trama más de la compleja red de interrelaciones que confluyen en el desarrollo del proceso de civilización europeo. Para Elias, el deporte surge al hilo de la consolidación de Estado moderno, capitalista y parlamentario, que sancionó su derecho al ejercicio monopolístico de la violencia. El moderno *sport* surge de la acomodación de los violentos deportes populares ingleses al nuevo ordenamiento jurídico, político y moral:

³⁷ Konrad LORENZ, *Die sogenannte Böse*, Viena, Borotha-Schoeler, 1965, pp. 355 ss.

³⁸ Jean-Jacques JUSSERAND, *Les sports et jeux-d'exercice dans l'ancienne France*, París, Plon, 1901, p. 12.

³⁹ Sobre el salvajismo del primitivo juego del fútbol en Gran Bretaña, vid. Norbert ELIAS y Eric DUNNING, “El fútbol popular en Gran Bretaña durante la Edad Media y a principios de la Edad Moderna”, en ELIAS y DUNNING, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, pp. 213-230.

“El progresivo reforzamiento de los controles reguladores sobre la conducta de las personas y la correspondiente formación de la conciencia, la interiorización de las normas que regulan más detalladamente todas las esferas de la vida, garantizaba a las personas mayor seguridad y estabilidad en sus relaciones recíprocas, pero también entrañaba una pérdida de las satisfacciones agradables asociadas con formas de conducta más sencillas y espontáneas. El deporte fue una de las soluciones a este problema”⁴⁰.

El deporte no sólo ha ayudado a canalizar las pasiones sin freno de la población, sino que ha ayudado a constreñirlas en actividades cada vez más reguladas y controladas. Para Joan Huizinga, hasta el siglo XIX las sociedades occidentales mantenían el equilibrio entre las polaridades de seriedad y juego, pero con la industrialización, el desarrollo de la ciencia y los movimientos sociales igualitarios, la seriedad comenzó a ganar terreno. El deporte estaría sometido a esta dinámica, pasando de ser un simple juego a constreñirse en reglas y consumir la separación entre aficionados y jugadores profesionales⁴¹. En las sociedades industriales avanzadas, las actividades recreativas y de ocio constituyen un reducto cada vez más restringido donde, con la aprobación de la sociedad, puede expresarse en público un moderado nivel de emoción y de transgresión. Eric Dunning observa que la seriedad cada vez mayor del deporte moderno se puede atribuir a tres procesos interrelacionados: la formación del Estado, la democratización funcional y la difusión del deporte en la cada vez más dilatada red de interdependencias internacionales⁴².

No cabe duda de que el deporte es un ejercicio ritual de movilización masiva que cumple una función de control social. El deporte genera cohesión y solidaridad, y estabiliza los sistemas sociales. Se trata de canalizar de esa manera el descontento, la insatisfacción y la agresividad de las masas hacia salidas no

⁴⁰ Norbert ELIAS, “Un ensayo sobre el deporte y la violencia”, en ELIAS y DUNNING, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, p. 187.

⁴¹ Joan HUIZINGA, *Homo Ludens*, Madrid, Alianza, 1990, passim.

⁴² Eric DUNNING, “La dinámica del deporte moderno: Notas sobre la búsqueda de triunfos y la importancia social del deporte”, en Elias y Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, p. 257.

disolventes de la cohesión intergrupal, como por ejemplo la socialización de la juventud en el deporte como válvula para la vitalidad agresiva. Según Lewis Mumford, el deporte como “un espectáculo de masas, con la muerte como estimulante subyacente, surge cuando una población ha sido encorsetada, regimentada y deprimida hasta tal punto que necesita participar, al menos a través del intermediario, en difíciles hechos de fuerza, de habilidad o de heroísmo, a fin de mantener despierto su disminuido sentido de al vida”⁴³. Por esta razón, no resulta sorprendente que la sociología francesa de extrema izquierda describa el sistema deportivo como una organización fundamentalmente represiva, autoritaria, jerárquica y burocratizada, donde la competición es el motor del proceso de movilización y de control de los individuos alienados.

La antropología y la sociología del conflicto han mostrado que la simulación de un enfrentamiento permite desviar la tensión social hacia objetivos simbólicos no relevantes. Deportes como el fútbol se presentan al gran público con un choque controlado en un escenario imaginario, con reglas (por ejemplo, la “pena máxima” del penalti) que reducen el daño sin por ello eliminar la placentera emoción de la batalla. Pero el propio Elias advierte del potencial violento que encierra este tipo de competencias si se deterioran los mecanismos de regulación y de control, y la imagen proyectada del conflicto retorna a la vida real en forma de agravios colectivos que implican el uso de la fuerza contra los pretendidos enemigos:

“Ahora bien, si en esa sociedad imaginaria de la que formamos parte en tanto espectadores se producen tensiones; si en ella la represión impuesta sobre los sentimientos fuertes se debilita y sube sin hipocresía el nivel de hostilidad y de odio entre grupos diferentes, puede ocurrir que la línea divisoria que separa el juego de lo que no lo es o las batallas miméticas de las reales acabe por volverse borrosa. En tales casos, la derrota en el campo de juego puede evocar el amargo sentimiento de una derrota en la vida real y el deseo de venganza; o una victoria mimética, la imperiosa necesidad de que el

⁴³ Lewis MUMFORD, *Technique et Civilisation*, París, Seuil, 1950, p. 362.

triunfo se prolongue en la batallas que se libran fuera de terreno de juego”⁴⁴.

Para Gruneau, el poder político se ejerce básicamente a través de los mecanismos del Estado, y la cultura deportiva encierra un modelo acabado que está en perfecta armonía con la estructura básica del Estado contemporáneo. El deporte ofrece, a través de sus estructuras simbólicas, una posibilidad real de integrar a grandes masas de población dentro del aparato estatal, manteniendo de esta forma la hegemonía de los grupos dirigentes y dominantes⁴⁵. De ahí el interés de casi todos los regímenes políticos por emplear el deporte como medio de integración social. Por ejemplo, durante el régimen de Vichy el deporte, en especial la gimnasia, se promovió como medio de disciplina social y de regeneración de la juventud francesa⁴⁶, de un modo muy parecido a la obsesión por la cultura física difundida en ese país setenta años antes, tras la derrota de Sedán, y algo similar intentó Falange Española en nuestro país desde 1941. Pero la obsesión por utilizar las potencialidades del deporte como instrumento de consenso político, económico o social rebasa con creces las fronteras políticas y sociales, para hacerse un *leit motiv* al uso en el debate público actual. Ortega ya habló de la capacidad del mito deportivo para proclamar la igualdad de razas y naciones y para sublimar las luchas sociales mediante la fraternidad interclasista. Varios países multiétnicos y con importantes fracturas sociales y culturales han empleado el deporte como elemento de cohesión nacional, como por ejemplo el fútbol en Brasil o en Francia⁴⁷, o el atletismo y diversos deportes de equipo como el béisbol o el baloncesto en Estados Unidos, a pesar de que en este último país se pudo asistir en los Juegos Olímpicos de San Luis

⁴⁴ Norbert ELIAS, “Introducción”, en ELIAS y DUNNING, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, p. 58.

⁴⁵ Richard GRUNEAU, *Class, Sports and Social Development*, Massachusetts, University of Massachusetts Press, 1983, p.149.

⁴⁶ Richard HOLT, *Sport and Society in Modern France*, Basingstoke, MacMillan, 1981, p. 58.

⁴⁷ Sobre la transformación del fútbol en deporte nacional del país carioca a partir de 1913, vid. Janet LEVER, “El fútbol en Brasil”, en LÜSCHEN y WEIS, *Sociología de deporte*, pp. 192-203.

de 1904 al deprimente espectáculo segregacionista de los *Anthropologic Days* para las razas no blancas.

En definitiva, como señala Levet⁴⁸, las posibles utilizaciones estratégicas del deporte como instrumento de control social son: como simulacro contra la violencia mediante la canalización de la agresividad y la utilización de la acción como fuente de superación individual; como espectáculo de evasión de la realidad, proyectando la imagen de un mundo perfecto en el que reina el orden y la armonía (con la ficción del pretendido consenso entre deportistas, organizadores y espectadores); como reivindicación de la jerarquía inherente a toda manifestación del poder, frente a los contactos y las relaciones con voluntad igualitaria, y como elemento de alienación social, ya que la reproducción en serie del espectáculo por los medios de comunicación tiende a debilitar toda comunicación interpersonal. Duverger ya advirtió del “poder de cretinización del deporte”, que con la ayuda de los medios de comunicación, crea un universo de lo fútil y lo anecdótico que desvía a la gente de sus verdaderos problemas⁴⁹. Evidentemente, la puesta en escena de un espectáculo apto para el consumo de masas sigue siendo para el poder una forma importante de utilización estratégica del deporte.

c) El deporte-nacionalizador: la nueva religión laica de las masas

El deporte moderno se presenta como el sustitutivo laico de las aspiraciones religiosas, que es el modo más ilusorio y accesible de comunión colectiva. En efecto, el deporte tiene todos los ingredientes necesarios para ser interpretado como una religión civil: ritual público, liturgia cívica o política y devoción popular encaminada a conferir poder y a reforzar la identidad de una colectividad⁵⁰. Como

⁴⁸ J.L. LEVET, “Deporte, economía y política”, en R. THOMAS, A. HAUMONT y J.L. LEVET, *Sociología del deporte*, Barcelona, Eds. Bellaterra, 1988, pp. 203-212.

⁴⁹ Maurice DUVERGER, *Introduction à la politique*, París, Gallimard, 1964, p. 277.

⁵⁰ Manuel GARCÍA FERRANDO, Núria PUIG BARATA y Francisco LAGARDERA OTERO (comps.), *Sociología del deporte*, Madrid, Alianza, 1998, p. 19.

conjunto de representaciones colectivas, el deporte entendido como religión laica ha logrado construir un sistema de mitos coherente y sólidamente estructurado: la creencia en el progreso lineal e indefinido, el mito del superhombre, el heroísmo cuasi-militar, la comunión de valores e intereses entre el atleta y la afición, etc. Esa virtualidad semirreligiosa del deporte le ha transformado en una de las principales fuentes de identificación, significado y gratificación de la población. El espaldarazo a esta sacralización del deporte vino de la mano de Pierre de Fredi, barón de Coubertin, quien resucitó el *agon* griego y recreó un estilo de vida basado en la religiosidad pagana, la selección natural, la caballerosidad, la tregua universal (en los Juegos Olímpicos las naciones se reúnen para competir a nivel de pueblo, no a nivel diplomático, militar o político) y el mejoramiento de la raza.

El potencial simbólico del deporte y su enorme capacidad de reforzamiento de la identidad colectiva facilitó su integración temprana en la liturgia nacional. Pocas manifestaciones públicas se han mostrado tan útiles en el fomento de la mística nacionalista como la actividad deportiva, desde su inicial pretensión formativa a su actual faceta competitiva. A inicios del siglo XIX se desarrollaron las escuelas gimnásticas nacionales como base histórico-cultural de la educación física. La idea motriz era la preocupación patriótico-militarista: se trataba de formar soldados fuertes y ágiles, capaces de defender a la patria. De ahí que la gimnasia fuera controlada desde el primer momento por la institución militar (más tarde pasaría al sistema educativo civil), y fomentada por todos los movimientos nacionalistas en sus campañas de “nacionalización de masas”⁵¹. El deporte ha permitido afirmar una conciencia nacional oprimida por parte de elementos extranjeros, o bien superar las causas habituales de división interétnica. Incluso ha contribuido a revitalizar nacionalidades sin Estado más o menos depauperadas. El movimiento *Sokol*, fundado hacia 1862 para consolidar y desarrollar la conciencia nacional checa frente a la dominación austrohúngara (el *sokol*=halcón

⁵¹ Un estudio muy sugerente sobre la gimnasia como elemento cultural catalizador de la unidad nacional en Europa Central en George L. MOSSE, *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimenti di massa in Germania (1815-1933)*, Bolonia, Il Mulino, 1975, pp. 185-197.

era el emblema del independentismo checo), utilizó los juegos populares y los ejercicios gimnásticos conjuntos (*slets*) como instrumentos para la forja de una voluntad emancipadora. El empleo de la gimnasia, la educación física y el deporte como difusores del espíritu patriótico y de la disciplina civil fue también empleado por los movimientos autoritarios y totalitarios de entreguerras, incluida la Dictadura de Primo de Rivera⁵². No tiene nada de sorprendente que los militares monopolizaran las actividades gimnásticas y deportivas en esos años, ya que la educación física se empleó como base de la educación premilitar de la juventud. Incluso en la Unión Soviética, tras un período de fuerte crítica al deporte entre 1917 y 1922, se llevó a cabo una reorganización que integró a los clubes en los sindicatos, mientras que las federaciones deportivas se encargaron de garantizar el control de las reglas. En 1931, la organización juvenil comunista *Komsomol* inició un programa de práctica deportiva de masas por edades y con un objetivo de premovilización patriótica dirigida al esfuerzo bélico⁵³. En Francia, el modelo deportivo estaba más basado en el movimiento renovador nacionalista que en el modelo educativo inglés. Entre 1872 y 1914 proliferaron sociedades de preparación física y militar en todo el país con el objeto explícito de la revancha (en 1873 se creó la *Union des Sociétés de Gymnastiques de France*). También se ha afirmado con frecuencia que las bases morales del Imperio Británico se sentaron en las duras competiciones entre *colleges*. Pero además del nacionalismo chauvinista o el imperialismo, en el desarrollo del deporte también incidió la ayuda del Estado (sobre

⁵² En 1919, el Ministerio de la Guerra fundó en Toledo la Escuela Central de Gimnasia, y desde el año 1924 fueron formados en ella profesores civiles para la enseñanza de las escuelas. En 1925, Primo de Rivera nombró una comisión encargada de diseñar un plan nacional de formación física y premilitar de la juventud. A mediados de 1927 vieron la luz unas “Bases para el desarrollo en España de la Educación ciudadana, física y premilitar”, que establecía la educación física hasta los 18 años. A inicios de 1929, estas labores de pedagogía patriótica a través de la gimnasia fueron asignadas a un Comité Nacional de Educación Física bajo control castrense. Sobre esta cuestión, vid. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Fernando del REY REGUILLO, *La defensa armada contra la revolución*, Madrid, CSIC, 1995, pp. 190-195.

⁵³ Pierre LAGUILLAUME, “Para una crítica fundamental del deporte”, en “Partisans”, *Deporte, cultura y represión*, p. 48.

todo en el fomento de la gimnasia y el tiro), el crecimiento de la burguesía urbana (gran mecenas del *sport* en toda época), el aumento del número de estudiantes (y por tanto de jóvenes que disfrutaban de tiempo libre), el apoyo municipal a los proyectos de mejora de la vida de los obreros, etc.

Al igual que la gimnasia, el deporte de contacto con la naturaleza, vinculado con el culto telúrico a la patria, ha sido un eficaz método reproductor de cultura política en algunos movimientos nacionalistas, como sucedió con los *mendigoizales* (montañeros) del Partido Nacionalista Vasco y con los clubs excursionistas catalanes de fin de siglo, inspirados en el “montañismo de combate” practicado por la juventud mazziniana desde mediados del siglo XIX.

La potencialidad nacionalizadora del deporte de masas no ha remitido. En la actualidad, asistimos a la transformación de la actividad deportiva internacional en una auténtica “guerra total” desarmada, ya que el deporte permite canalizar la emoción de las masas por la vía nacionalista agresiva⁵⁴. Los atletas estatales se han convertido en “soldados del deporte” encargados de una misión en el extranjero: la defensa de los colores nacionales. En realidad, la parafernalia nacionalista siempre ha acompañado a manifestaciones deportivas como los Juegos Olímpicos ya desde la victoria del marathónico Spiridon Louis en Atenas en 1896. Los propios Juegos no se han utilizado tanto para promover el juego limpio, la paz y la comprensión mutua en el contexto internacional, como para manifestar el orgullo y los intereses nacionales. Se advirtió ya en los Juegos del Berlín hitleriano de 1936, pero se comprobó, sobre todo a raíz de los de Roma de 1960, que los Juegos habían llegado a ser un campo más de enfrentamiento entre naciones que vertían muchas de sus rivalidades en la arena deportiva. La cita olímpica de cada cuatro años se convierte en una magna confrontación deportiva internacional,

⁵⁴ Gerhard VINNAI, *Fußball als Ideologie*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt, 1970, p. 81.

cuyos protagonistas en parte han dejado ya de ser los países aislados, para serlo los bloques internacionales⁵⁵.

Este riesgo de deriva chauvinista del deporte es especialmente claro en las competiciones colectivas, donde el formato de la concurrencia en equipo favorece la transferencia simbólica de los contenciosos políticos, sociales, culturales o raciales hacia actitudes de confrontación intergrupal. El barón de Coubertin se opuso a la inclusión de los deportes de equipo en el programa de los Juegos Olímpicos porque temía los efectos de la excitación patriótica en la lucha de dos selecciones nacionales. Así sucedió, por ejemplo, en Melbourne en 1956 en el sangriento partido de waterpolo librado entre las selecciones de Hungría y la URSS pocos meses después de la revolución de Budapest, la “guerra de fútbol” librada en julio de 1969 entre Honduras y El Salvador tras un partido de calificación para el mundial que este último país ganó por 3-0, o la famosa final de jockey sobre hielo entre Estados Unidos y la URSS en los Juegos de Invierno de Lake Placid de 1980. En resumen, desde mediados del siglo XIX la actividad deportiva ha actuado como parte constitutiva de la liturgia nacional (no hay sino que contemplar el éxito político alcanzado por el partido de Silvio Berlusconi, bautizado con el grito de guerra de los *tifosi* de la selección de fútbol italiana), pero su enorme capacidad de proyección pública ha determinado su manipulación por parte del Estado como instrumento de prestigio en la escena internacional.

3. Las manipulaciones políticas del deporte de masas

Al ser una actividad de intercambio eminentemente cultural, el deporte aparenta ser políticamente neutral. La competición deportiva no comporta directamente significado político, aunque puede utilizarse para una diversidad de usos políticos sin explicitarlos, como el prestigio, la superioridad de un sistema, el orgullo nacional, etc. El deporte forma parte de la ideología de todos los estados, y toma su organización, sus valores y sus mitos de la ideología del sistema político donde nace y se desarrolla. De ahí el sistema concurrencial y

⁵⁵ Luis M^a CAZORLA PRIETO, “Olimpismo y política (II)”, *Informaciones*, 1-7-1978, cit. en Cazorla, *Deporte y Estado*, p. 232.

[MyC, 7, 2004, 79-127]

privado del deporte norteamericano, la organización planificada y estatalizada que prevaleció en los países socialistas, o el régimen mixto de planificación estatal bajo parcial *sponsorización* privada del deporte amateur en países como España.

Con todo, las protestas de apoliticismo no han sido una actitud unánime. Como señaló Nathan, “mientras que el movimiento deportivo occidental rechaza que el deporte tenga motivos ideológicos e insiste de manera reiterada en su naturaleza no política, el deporte comunista confiesa sin dudar su carácter político”⁵⁶. El deporte como institución suele estar en consonancia con los valores imperantes, y con la argumentación de que es apolítico trata de impedir la penetración de otras opiniones políticas concurrentes⁵⁷. De modo que una de las funciones básicas del deporte sería “desviar la atención de los ciudadanos de una situación política fastidiosa, o de problemas a los que los gobernantes no son capaces de hacer frente; incitar a los trabajadores a la colaboración de clase y, como mínimo, al olvido de la explotación que les inflige la empresa capitalista; servir de exutorio a las tendencias latentes hacia la violencia y la agresividad (importancia, a este respecto, del chauvinismo local o nacional); adormecer la opinión y, en cualquier caso, llevarla a subestimar determinados peligros (los Juegos de 1936 como manifestación aparente de la voluntad pacífica de los dirigentes hitlerianos); contribuir a la desaparición de la experiencia histórica reciente (estrágos causados por el nazismo), etc.”⁵⁸

No cabe duda de que la política ha invadido masivamente el aparato deportivo. Y ello es así porque el deporte tiene una gran capacidad de movilización de las masas, es un instrumento libre de riesgos porque goza de prestigio social y es perfectamente manejable y controlable en su estilo y contenido. Además, es una actividad universalmente comprensible, y ofrece una posibilidad excepcional de

⁵⁶ A. NATHAN, *Sport and Society*, Londres, Bowes & Bowes, 1958, p. 54.

⁵⁷ Kurt WEIS, “Desvío y conformidad en la institución del deporte”, en Lüschen y Weis, *Sociología del deporte*, p. 256.

⁵⁸ Jean MEYNAUD, *Sport et politique*, París, Payot, 1966, p. 265.

manifestar públicamente la identificación nacional a través de los deportistas que representan a un país. En el contexto deportivo, los logros “nacionales” se pueden medir y comparar “objetivamente”⁵⁹. Las hazañas deportivas se convierten así en exponentes del progreso de un país, y se contrastan permanentemente en torneos internacionales, campeonatos del mundo, juegos olímpicos, etc. En el diseño de las grandes propagandas nacionales, el deporte es un elemento popular, de fácil éxito masivo y sin barreras de lenguaje. El lenguaje deportivo ostenta estructuras extracomunicativas de una gran riqueza simbólica (banderas, emblemas, gestos, himnos, cánticos, sonidos) y con un significado transcultural:

“La internacionalización del deporte es uno de su rasgos más significativos. A escala mundial, el deporte se impone como una institución que trasciende los particularismos políticos, culturales y raciales. Las grandes manifestaciones deportivas son retransmitidas por la televisión del mundo entero y su resonancia emocional encuentra un eco nunca igualado. La mayor parte de las disciplinas deportivas (atletismo, fútbol, boxeo, natación...) poseen un lenguaje y una significación que son globalmente, y de forma inmediata, accesibles a todos. Esta comprensión, repartida por todos los espectadores más allá de las apuestas que se juegan entre países, tiende a constituir el universo deportivo como una vasta comunidad”⁶⁰

El deporte, transformado por obra y gracia de los medios de comunicación en uno de los grandes fenómenos sociales del siglo XX, ha sufrido una creciente utilización con fines estatales. De hecho, se ha convertido en un problema de Estado. En una época de virulento nacionalismo, los gobiernos son sensibles al prestigio que deparan las victorias deportivas. Cada país procura desarrollar sus propias fuerzas en confrontación con otros países, siguiendo las reglas impuestas por la estructura deportiva mundial, y el Estado trata de integrar totalmente el deporte en la vida nacional. Dentro de las modernas naciones-Estado, el deporte proporciona a las unidades sociales

⁵⁹ García FERRANDO, *Aspectos sociales del deporte*, p. 207.

⁶⁰ Jean-Paul CALLEDE, *Le sport sportif. Essai sur le développement associatif de la culture sportive*, Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux, 1987, p. 146.

grandes, como las ciudades o las regiones, una oportunidad única de aglutinarse en torno al fomento de un rasgo identitario común (una gran figura deportiva o un club relevante), del mismo modo que los grandes eventos deportivos de alcance universal, como los Juegos Olímpicos o la Copa del Mundo de Fútbol, son una de las contadas ocasiones que en tiempo de paz tienen todas las naciones para reunirse de modo regular y visible⁶¹. La política ya había estado presente en los juegos físicos de la antigua Grecia, pero el prestigio que otorgan los éxitos deportivos contemporáneos ha movido el interés de los gobiernos, y ello a pesar de que el olimpismo como exaltación de la esencia humana independientemente de las condiciones históricas y económicas, constituye teóricamente la supervivencia de una ética de la autonomía individual ante la amenaza invasora del poder en todas sus formas⁶².

El deporte y el poder político mantienen relaciones cada vez más estrechas. El proceso de politización del deporte tiene mucho que ver con el problema de la legitimación del Estado moderno a través de los resultados materiales obtenidos de su gestión. En ese sentido, el deporte se politiza inevitablemente porque es un valor social que los poderes públicos “venden” a los ciudadanos:

“Los logros deportivos tienen siempre un componente político cuando se relacionan con la eficacia o bondad de un sistema, o cuando se utilizan para reforzar identidades sociales o nacionales. La distribución de los presupuestos públicos dedicados al deporte se hace

⁶¹ Eric DUNNING, “La dinámica del deporte moderno: Notas sobre la búsqueda de triunfos y la importancia social del deporte”, en ELIAS y DUNNING, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, p. 268.

⁶² Robert PARIENTE, “Sport. Histoire du Sport”, *Encyclopædia Universalis*, París, Encyclopædia Universalis, 1988, tomo XVII, p. 121. Coubertin deseó que los miembros del Comité Olímpico Internacional, creado en París el 23 de junio de 1894, estuvieran libres de toda atadura gubernamental, fueran considerados como embajadores del Comité en sus países respectivos, y estuvieran al margen del compromiso con cualquier disciplina deportiva, lo cual, evidentemente, no se ha conseguido.

también, como es obvio, desde criterios políticos, lo que acrecienta la relevancia de la dimensión política en el deporte⁶³.

A diferencia del deporte-espectáculo, el deporte de alta competición debe ser financiado por el Estado si quiere sobrevivir. De ahí la clara apuesta protectora del poder político. La Constitución española, en su artículo 43.3 señala que “los poderes públicos fomentarán la educación sanitaria, la educación física y el deporte. Asimismo facilitarán la adecuada utilización del ocio”. En la Ley del Deporte de 15 de octubre de 1990, el Estado reconoce su directa responsabilidad en el deporte de élite. Según Meynaud, los poderes públicos intervienen en el deporte para garantizar la salvaguardia de orden público, y por el deseo de mejorar la condición física e higiénica de la población con el objeto de la preparación militar, el mayor rendimiento laboral, el bienestar individual o la afirmación del prestigio nacional⁶⁴. Para Bouet, existen tres niveles de penetración de la función política en el deporte: la política interna (administración del deporte), la aplicación del deporte a fines de política interior local o nacional (como propaganda para el consumo interno) y la política internacional (como factor de prestigio en el escenario mundial)⁶⁵. Y en opinión de Brohm, el deporte tiene funciones políticas externas (el deporte entendido como ideología-tipo de la coexistencia pacífica o como herramienta de fomento del prestigio nacional) e internas (el deporte como elemento de adhesión e identificación con el orden establecido, a través de la creación de un consenso social implícito y el fomento de la despolitización que convierte al deporte en “opio del pueblo”). Sin embargo, el deporte también puede tener funciones abiertamente perturbadoras, ya que la práctica competitiva puede entrañar desórdenes que los estados deben atajar como guardianes de la institución deportiva a escala nacional⁶⁶. Porque el deporte también se ha utilizado como medio de protesta y de reivindicación política, como afirmación de la personalidad regional y nacional, como

⁶³ GARCÍA FERRANDO, *Aspectos sociales del deporte*, p. 19.

⁶⁴ MEYNAUD, *El deporte y la política*, pp. 131-143.

⁶⁵ Michel BOUET, *Signification du Sport*, París, Éditions Universitaires, 1968, p. 577.

⁶⁶ BROHM, *Sociología política del deporte*, pp. 188-228.

plataforma cualificada de propaganda política, o como foro secundario de disputa de diferencias políticas no dirimibles en otros campos. Así fue el caso de la ausencia forzada de Alemania en los Juegos Olímpicos de Amberes (1920), París (1924) y Londres (1948), o la expulsión de Alemania, Austria y Hungría de la FIFA tras la Gran Guerra.

Los cambios más significativos en la percepción de papel del deporte por parte de los Estados comenzaron a producirse en el período de entreguerras. Perdió primacía el discurso nacional-populista del fomento de la salud de la ciudadanía y surgió el deporte como escaparate de los regímenes políticos; un cambio que resultó evidente ya en los juegos de Berlín o en la cultura física impulsada en la URSS desde los años veinte. En general, el deporte, que en el tránsito de siglo significaba higiene vital, buena salud, progreso... fue considerado por los poderes públicos como uno de los instrumentos más eficaces para la aplicación y la difusión de su política y su ideología al conjunto de la población⁶⁷. Ello condujo a la pérdida de autonomía de las federaciones, y a la estatalización del deporte con el objeto de coordinar y controlar a las masas e impulsar su vida en un sentido de esfuerzo nacional único.

En la posguerra se produjo la democratización del hecho deportivo y la aparición del deporte-espectáculo, gracias a una serie de hechos tecnológicos, culturales y sociales como la mejora de los transportes, el desarrollo de los *mass-media* (que se mostraron inmediatamente receptivos a un espectáculo de carácter eminentemente visual), la homogeneización de los comportamientos culturales, la proliferación de organizaciones internacionales (desde la UNESCO al COI o a las Federaciones Internacionales deportivas), el flujo de relaciones financieras y comerciales, o la reactivación del patriotismo. El papel institucional del deporte no ha hecho sino crecer en las

⁶⁷ J.L. LEVET, "Deporte, economía y política", en R. THOMAS, A. HAUMONT y J.L. LEVET, *Sociología del deporte*, Barcelona, Eds. Bellaterra, 1988, p. 200. En 1952, los soviéticos participaron en los Juegos de Helsinki con gran éxito, tratando de mostrar de ese modo las ventajas del sistema socialista y las demandas de los pueblos.

últimas décadas, y su desarrollo global ha sido estimulado gracias a las retransmisiones vía satélite desde las Olimpiadas de Tokio de 1964, dando lugar a gigantescos fenómenos culturales y económicos como los Mundiales de Fútbol o los Juegos Olímpicos, que se transforman en asunto de Estado para los organizadores y los competidores. Verdaderos embajadores de un país (como fue el Real Madrid durante el franquismo o la selección estadounidense de ping-pong en los años sesenta y setenta en China) e incluso encarnación de la nación que les delega, los éxitos o fracasos de los deportistas se transforman en las victorias o las derrotas de todos. Los campeones aparecen como el instrumento objetivo de una lucha política que ellos a menudo no asumen o rechazan, aunque hay ilustrativos ejemplos de que la participación en el deporte puede ir acompañada de un alto grado de conciencia y activismo político, como por ejemplo, en el caso de los deportistas afroamericanos que apoyaron el *Black Power* en la Olimpiada de México en 1968.

Contra el papel decisivo jugado por el deporte en la política, según la tesis defendida por Brohm, Meynaud señala que “la indudable función de diversión del deporte no debe inducirnos a considerar la práctica deportiva como una especie de ‘cabeza de turco’ que permite explicar todos los desaguizados políticos”⁶⁸. Según este autor, el deporte no determina o modela los comportamientos políticos, pero proporciona controversias y rivalidades partidistas, e incidentes diplomáticos⁶⁹. En contrapartida, la influencia de la política sobre el deporte resulta anterior, y mucho más amplia.

4. Un club de fútbol como generador de poder e influencia: el caso del Real Madrid

a) El poder del dinero: la definición del Real Madrid como entidad empresarial

Como hemos visto, el nacimiento del deporte de competición coincidió con el desarrollo del capitalismo industrial, y se ha visto

⁶⁸ MEYNAUD, *El deporte y la política*, p. 272.

⁶⁹ MEYNAUD, *El deporte y la política*, p. 314.

impregnado de los mecanismos de inversión, circulación y revalorización propios de este sistema económico. Ello ha implicado que las entidades dedicadas a esta actividad hayan adoptado con el paso del tiempo una organización y una administración inspiradas en modelos empresariales. Esta pauta ha sido la dominante en el deporte de los Estados Unidos, pero no en países como España, donde el deporte, y sobre todo el fútbol como gran manifestación deportiva de masas, se fue organizando a partir del modelo británico del club, esto es, una asociación civil constituida en su origen para satisfacer las necesidades recreativas de sus afiliados, generalmente burgueses, en la que dominaba el puro placer de la sociabilidad y de la práctica deportiva sobre el afán de lucro. Es cierto que los clubes dieron rango público a actividades de élite hasta entonces reclusas al ámbito de lo privado, pero su carácter societario y no empresarial ayuda a explicar el lento establecimiento en nuestro país del deporte profesional, y del fútbol en primer lugar, ya que el avance hacia la plena profesionalización chocó con las resistencias de los dirigentes a dedicarse plenamente a actividades directivas y percibir una retribución por ello. Muy al contrario, por largo tiempo siguió dominando un criterio aristocratizante, que determinaba que la dirección de una asociación de ese tipo, formada libremente pero cerrada desde el punto de vista de la composición social, sólo podía confiarse a “notables”, a los que se les suponía estar en posesión de ingresos derivados de otros menesteres que les permitían dedicar buena parte del tiempo a sus obligaciones para con el club.

La gran diferencia entre el deporte *amateur* y el profesional radica en que, en el primero, ni los directivos ni deportistas son rentados, mientras que en el deporte concebido como empresa sí lo son. En España se fue estableciendo un modelo híbrido, donde se combinaba la actividad *ad honorem* de los directivos con el carácter crecientemente profesional de los deportistas. Ello fue una innumerable fuente de controversias entre aquéllos que aspiraban a dotar a los clubes de una mínima estructura empresarial, y quienes defendían el espíritu *amateur* a todo trance. En el Real Madrid, ese debate se inició en los primeros años veinte, se encontró a mitad de esa década, y nunca se llegó a apagar del todo. La imagen paternal de Bernabéu, ex-jugador aficionado y sempiterno directivo gracias a su desahogada posición como rentista en Albacete, logró aplazar por

largo tiempo el debate entre gestión empresarial y dirección vocacional del Club. Una polémica que estallaría con toda su fuerza en la “era Mendoza” (1985-95).

El Real Madrid ha incorporado diversos modelos organizativos a lo largo de su historia. Hasta mediados de los años veinte prevaleció el modelo *amateur* puro, gestionado por la élite fundacional. El profesionalismo de los futbolistas y la multiplicación del número de socios obligaron durante la década de los veinte a una adaptación hacia el modelo híbrido que resultó enormemente conflictiva, como lo atestigua la rápida sucesión de presidentes y de Juntas Directivas hasta 1936. Las especiales condiciones políticas de la posguerra, con un deporte fuertemente mediatizado desde las instancias del Estado y del Partido Único, impidieron el tránsito hacia una estructura autónoma de carácter predominantemente empresarial. El “gran salto adelante” que supuso la presidencia de Bernabéu transformó al Real Madrid en una poderosa maquinaria social y deportiva, que por mor de las circunstancias políticas se vio obligada a trabajar bajo premisas de gestión no plenamente capitalistas. Es cierto que el presidente declaraba hacia el exterior que “el Real Madrid es negocio. Hoy día no hay una sola institución con éxito que no se base sobre dinero. Este es el gran secreto del Real. Invertimos dinero y luego recogemos éxitos. El club es un negocio, vivo negocio, profesionalismo puro. No voy a decir que somos amateurs, en todo el mundo se paga si se quieren recoger éxitos”⁷⁰. Pero ese indudable espíritu de lucro no se asentaba sobre una filosofía empresarial abiertamente reconocida. De ahí las reiteradas negativas de Bernabéu a transformarse en un patrón convencional, y su obsesión por establecer relaciones predominantemente paternalistas con las diversas instancias del Club, especialmente los socios, los empleados y los jugadores. El modelo escogido para gestionar la gran expansión de los años cincuenta y sesenta fue el estatal, que entre bromas y veras, parodió de esta manera el autor del libro conmemorativo del 75º Aniversario del Real Madrid:

“Un club es como un Estado a escala reducida y ha de tener su ‘Gobierno’ con Carteras análogas: Administración y Finanzas, o

⁷⁰ Declaraciones de Bernabéu a la prensa israelí (ca. 1967), en Archivo del Real Madrid, caja 218, carp. 1.

Hacienda (cada vez más complicada, por el montaje del superprofesionalismo y por la envergadura del espectáculo, con los impuestos y tributaciones correspondientes), Educación Nacional (cartera difícil por el imposible control de las masas apasionadas, aspecto en el que el Madrid sufre actualmente una condena de la UEFA), Obras Públicas (sus campos de juego, Estadio y Ciudad deportiva, proyectos de nuevo campo...), Asuntos Exteriores (nadie como el Madrid ha tenido y tiene ‘diplomáticos’ para el prestigio de España por el mundo), Agricultura (en el sentido de que un club de esta talla tiene que cuidar sus campos de jugadores, sembrar para recoger una cosecha necesaria), Comercio (inevitable en el profesionalismo al uso y desuso internacional) y el Ministerio del Deporte o Delegación, que pide una política interior acertada y aceptada”⁷¹.

Un “miniestado” coordinado con indudable eficacia en su proyección interna y externa por los “superministros” Antonio Calderón y Raimundo Saporta, que liberaban de las ingratas tareas cotidianas de gobierno a un “rey cazador” que pasaba gran parte del año recluido en Montealegre de Castillo o en Santa Pola. Pero ese “presidencialismo delegado”, que Bernabéu cultivó con indudable acierto desde fines de los cincuenta y en los años sesenta, fue entrando en crisis en la década siguiente, a la par del declive futbolístico del Real Madrid, el empeoramiento de la salud del presidente y la progresiva obsolescencia de las estructuras del régimen franquista, cada vez más contestadas por su autoritarismo desde diversas instancias del mundo deportivo. Dado el auge del espectáculo futbolístico en todos los sentidos, comenzó a producirse un desfase entre la ausencia de ánimo de lucro propia de una Sociedad Deportiva en la que la Junta Directiva seguía teniendo la dirección técnica y económica, y una gestión que parecía abocada a adoptar con urgencia criterios empresariales. El largo período transitorio liderado por Luis de Carlos (1978-85) retrasaría el necesario remozamiento de las estructuras de gestión del club a la segunda mitad de los ochenta.

⁷¹ Enrique GIL DE LA VEGA y Jesús RAMOS, *75 años del Real Madrid*, Madrid, Prensa Española, 1977, p. 17.

Uno de los hechos clave del fútbol como negocio es su capacidad de generar recursos de una manera espectacular, con presupuestos de miles de millones de pesetas. Los ingresos económicos *normales* del Real Madrid proceden de las cuotas de los socios y abonados y de las taquillas de los partidos. Los ingresos *atípicos* incluyen publicidad, arrendamientos (almohadillas, bares...), derechos de televisión, venta de productos del Real Madrid, quinielas y traspaso de jugadores. Los gastos corresponden al mantenimiento de la plantilla, fichajes, conservación de las instalaciones, administración, impuestos y financiación de secciones deportivas diferentes al fútbol. En el caso del Real Madrid, el presupuesto ha sufrido un incremento constante desde la temporada 1948-49. Diez años más tarde, en la temporada 1958-59, los ingresos se habían multiplicado por cuatro, pasando de 19 a 85 millones; en la temporada 1962-63 el Club sobrepasó por vez primera los cien millones de pesetas de presupuesto y en la 1979-80 superó los mil millones. En 1995 se alcanzaron los 10.000 millones de pesetas, que fueron casi 50.000 en la temporada 2000-01. El crecimiento exponencial de los ingresos atestigua el auge imparable del fútbol como máximo representante del ocio universal a comienzos del siglo XXI. La clave en este proceso ha sido, sin duda, el aporte de la televisión: los ingresos televisivos, que se multiplicaron por 2.356 entre 1962 y 2001, permitieron al Real Madrid aumentar las cantidades pagadas a los jugadores y fichar a los mejores futbolistas⁷².

El incremento de las ganancias atípicas (por publicidad, *merchandising* y derechos de imagen) ha trastocado la estructura tradicional de ingresos del Club, centrada desde su origen en las aportaciones de los socios, los abonos y las taquillas. Estos rubros, que suponían cerca de un 60% del total de ganancias del Real Madrid en los años setenta, se incrementó a cotas cercanas al 80% tras la remodelación del estadio Bernabéu para el Mundial-82, pero cayeron

⁷² En la temporada 1984-85 la cantidad que ingresó el Real Madrid por televisión fueron 41 millones de pesetas. Cinco años después, en la temporada 1989-90 la cantidad se había multiplicado por 20, alcanzando los 813 millones de pesetas. *Comentario sobre evolución situación económica en las últimas cinco temporadas (1985-90)*, en Archivo del Real Madrid, caja 465.

drásticamente al 40% a fines de esa década, y ello a pesar de la ampliación del aforo a 107.000 personas tras la nueva reforma de 1992. En la actualidad, las cuotas sociales y las taquillas sólo representan un 14% del total de los ingresos declarados por el club.

Como atestigua su propia denominación, el Real Madrid ha sido un club cuya actividad deportiva se ha centrado casi en exclusiva en el fútbol. No resulta, pues, extraño que los ingresos directamente vinculados al balompié supongan entre el 70 y el 80% del total percibido por el club, y que la tendencia al “monocultivo futbolístico” se haya incrementado desde fines de los años 90. Ello ha dejado a otras secciones en un discreto segundo plano, y en una situación de déficit crónico, como ha sucedido con el club de tenis y con el baloncesto.

El resultado del movimiento económico suele ser negativo, lo que provoca el endeudamiento y el incremento de los costes financieros. Las dificultades proceden de la falta de liquidez, ya que los bienes patrimoniales del club superan la deuda. Los créditos que el Real Madrid solicitó durante años tuvieron como base las propiedades inmobiliarias de la entidad. Los terrenos del Santiago Bernabéu y de la Ciudad Deportiva jugaron un papel relevante en la revalorización del espacio urbano en el que se asientan. Estas grandes instalaciones deportivas se convirtieron en motivo habitual de controversia entre el club y las Administraciones Públicas, por la posibilidad de ser utilizadas para liquidar la deuda del club con el dinero de su venta, lo que ha sucedido con la Ciudad Deportiva en mayo de 2001⁷³. El multimillonario movimiento de dinero que da al club su fisonomía de gran poder económico a escala local, nacional e internacional convive con la definición del Real Madrid como sociedad sin ánimo de lucro, que persigue el desarrollo de la actividad deportiva.

⁷³ La recalificación de los terrenos de la Ciudad Deportiva efectuada en el año 2002 reportará al Real Madrid 80.000 millones de pesetas (más de 480 millones de €).

b) El poder de convocatoria: el Real Madrid como fenómeno social

Resulta evidente la primacía del fútbol como fenómeno por excelencia del ocio popular del siglo XX. En ese sentido, la organización del ocio a través de sociedades deportivas tiene evidentes implicaciones de poder, desde el momento en que el club mantiene relaciones estatutarias, económicas, deportivas y sentimentales con una amplia masa de seguidores que constituyen su base social. En el caso del Real Madrid, la amplitud del “patrimonio humano” nos obliga a reconocer que se trata de una empresa de gran éxito. Hasta los años diez el club no dio el paso desde una sociedad de jugadores de *foot-ball* a una sociedad de espectáculo futbolístico. Este tránsito coincidió con la adaptación de sus estructuras deportivas (la inauguración del primer estadio de Chamartín en 1924) y organizativas (aceptación del profesionalismo a fines de esa década) al nuevo espectáculo de masas. El Real Madrid volvió a recibir un fuerte impulso societario en 1944-48, cuando se embarcó en el proyecto del nuevo campo de Chamartín. A partir de 1955, el número de socios comenzó a equilibrarse en torno a los 35.000, para comenzar un declive a partir de 1962. La victoria en la Copa de Europa de 1966 permitió un incremento de los asociados a casi 40.000, ya que con motivo del XXV aniversario de la presidencia de Bernabéu se admitieron nuevos socios sin cuota de entrada. Desde 1971 se volvió al cierre de listas, salvo para las esposas e hijos de socios, y desde 1977 se inició un nuevo avance de la curva de asociados, quebrada coyunturalmente por las obras de remodelación del estadio en 1980-81, 1992-93 y 1998-99. En la actualidad, el club cuenta con la mayor masa social de su historia: más de 72.000 socios, 1.600 peñas (41 de ellas en el extranjero) y un número de simpatizantes repartidos por todo el mundo que el actual presidente, Florentino Pérez, se atrevía a evaluar en más de cien millones de personas.

La entidad deportiva Real Madrid sigue manteniendo al socio como una de sus señas de identidad características, aunque su papel en la gestión de los asuntos deportivos y económicos se ha reducido en favor del poder incuestionable que ostenta la Junta Directiva. En ese aspecto, las relaciones entre directivos y socios reproducen la relación entre los ejecutivos de una empresa y su clientela real o potencial. Sin embargo, en el pasado, se trató de conciliar la gestión empresarial con

actitudes marcadamente paternalistas, entre las que destacaba la comunicación epistolar personal con socios y simpatizantes bajo los códigos de una sociedad familiar extensa, con la que se mantienen unos vínculos a veces no muy estrechos, pero siempre latentes.

Otra de las muestras de ese poder paternalista fue el control “panóptico” de los socios mediante la administración de las solicitudes de ingreso (que dio lugar a una amplia política del favor basada en la lealtad familiar, la influencia económica o los compromisos políticos y de otra índole), la gestión de las cuotas y abonos, la supervisión de sus canales formales e informales de representación, y la fiscalización minuciosa de las reglas de comportamiento por una Comisión de Disciplina Social con visos de tribunal judicial, pero que intentó sentar las bases de una imagen de marca de seriedad, deportividad y “señorío” que el Real Madrid se ha empeñado en impulsar de forma permanente como seña de identidad colectiva. A pesar de los desmanes ocasionados por ciertos sectores “ultras” no vinculados institucionalmente con el club, la cuestión de la disciplina societaria es un hábito firmemente anclado en el espíritu corporativo del madridismo, y sus normas reglamentarias son renovadas periódicamente para hacer frente a los nuevos retos disciplinarios de un colectivo de afiliados en permanente transformación.

Un indicio del poder de influencia social de una institución (en el sentido que hemos dado a ese término en el apartado 1.a.) es su capacidad para generar identidades, adhesiones y creencias colectivas a base de referencias simbólicas (el señorío y la caballería, el “miedo escénico”, el espíritu ganador...) o imaginarios combatientes surgidos de las grandes rivalidades deportivas con el vecino cercano (Atlético de Madrid) o lejano (F.C. Barcelona), de los que se exacerban las diferencias sociales, políticas y geográficas. De este modo, el fútbol se ofrece como un terreno privilegiado para la afirmación de identidades colectivas y de los antagonismos locales, regionales o nacionales. Cada

confrontación facilita a los espectadores un apoyo a la simbolización de una de las facetas (local, profesional, regional) de su identidad⁷⁴.

La identificación con un club no es percibida o concebida por los seguidores como el mero signo arbitrario de la pertenencia común, sino como el símbolo motivado de un modo específico de existencia colectiva, que encarna el estilo de juego del equipo que no corresponde necesariamente con la práctica de los jugadores, sino a la imagen estereotipada que una colectividad de hace de ella misma. Virtuosidad, seriedad, juego limpio y precisión se identifican en el Real Madrid con “señorío”. La composición del equipo también ofrece una metáfora de esa identidad colectiva. En el Real Madrid, el *ius solis* ha primado sobre el *ius sanguinis* propio de los equipos vascos, con criterios rigurosos par el fichaje de jugadores de la tierra. No hay problema en aceptar a extranjeros o nacionales de otras regiones en una ciudad de aluvión como Madrid, siempre que cumplan con las reglas del club-ciudad.

Una muestra de esa capacidad de convocatoria social que también es fuente de poder es la visibilidad del Club en una amplia gama de actividades extradeportivas, como los vínculos económicos locales (desde las empresas abastecedoras de material y servicios hasta las tabernas obsesionadas por obtener un despacho de venta de entradas), la participación en actividades de orden social y humanitario (cuestaciones, donativos, campañas de beneficencia, partidos amistosos a beneficio de ONGs, etc.), la omnipresencia de la Entidad y sus representantes en los medios de comunicación (con las complejas y no siempre fáciles relaciones con la prensa), etc.

c) El poder de la influencia: el Real Madrid como símbolo político

La vinculación del Real Madrid con el poder político ha sido fuente permanente de polémica desde hace casi medio siglo, pero cobró carta de naturaleza durante la Transición, cuando en paralelo al desmontaje de los símbolos del franquismo, y coincidiendo con una

⁷⁴ Christian BROMBERGER, *Football, la bagatelle la plus sérieuse du monde*, París, Bayard Éditions, 1998, p. 59.

grave crisis deportiva de la entidad blanca, se difundió la especie de su identificación acrítica con el régimen. Según el historiador británico Duncan Shaw, los argumentos del antimadridismo se reducen a cinco: que Bernabéu era un franquista que trató de emular al Caudillo en su modo de dirigir del Club; que la mayoría de los socios y afiliados eran franquistas; que el club alentó y se enorgulleció del apoyo personal de Franco y de sus ministros, que dominó la RFEF y se benefició de arbitrajes parciales, y que el club permitió conscientemente que se le usase para mejorar la imagen de España en el extranjero y la posición diplomática del régimen⁷⁵. Hoy en día, el tema cuenta ya con una abundante literatura periodística, publicística e historiográfica, que comienza a matizar el polémico asunto. En ella aparecen las apreciaciones más dispares. Tan pronto se dice que el club alentó y se enorgulleció del apoyo personal de Franco y de sus ministros⁷⁶, o que fue “la institución no oficial que más se ha identificado” con el régimen⁷⁷, como, al contrario, que fue utilizado por éste: “más que ser el Madrid el equipo del régimen... fue el régimen el que se favoreció con la tarea de Bernabéu”⁷⁸. El columnista Jaime Campmany resume una muy extendida opinión estereotipada en esta *boutade*: “El fútbol siempre ha estado cerca de la política, aunque sea para suplantarla. En el *ancien régime*, a falta del gran duque de Alba para acometer la empresa de ‘por el Imperio hacia Dios’, nos inventamos a don Santiago Bernabéu para que paseara el triunfo de los tercios del Real Madrid por los campos de Europa”⁷⁹.

En realidad, las buenas relaciones del Real Madrid con las autoridades de la administración local y provincial, del gobierno y del Estado, así como con miembros de la alta sociedad, han sido un objetivo preferente de los dirigentes del club desde sus inicios, en su

⁷⁵ Duncan SHAW, *Fútbol y franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 44.

⁷⁶ SHAW, *Fútbol y franquismo*, p. 44.

⁷⁷ Francisco CERECEDO, “Sociología insolente del fútbol español”, *Posible*, nº 4, 26-12-1974.

⁷⁸ “Su vida y su obra”, *El País*, 3-6-1978.

⁷⁹ Jaime CAMPMANY, “El regalo de la libertad”, *ABC*, 5-10-1978, cit. por Cazorla, *Deporte y Estado*, p. 19.

afán por promocionar el fútbol y recabar cuantos más apoyos mejor para conseguirlo. Lo que sí es cierto es que desde el primer momento el club estuvo imbuido de un discreto monarquismo y de un cierto sentimiento patriótico español (se prescribía que el cinturón del primer uniforme debía tener los colores nacionales), vinculado inevitablemente a la constelación de poder existente en la capital del Estado. Se sabe que “Alfonso XIII fue madridista y consta que desde los primeros tiempos tuvo ciertas atenciones con los dirigentes del club. El marqués de la Torrecilla se encargaba de facilitar las audiencias a los presidentes del Madrid. A Carlos Padrós le atendió para la organización de los ‘concursos’, y lo mismo hizo con el militar Adolfo Meléndez y con Pedro Parages”⁸⁰, ambos presidentes de la entidad a la que el monarca otorgó en 1920 el título de Real Club.

A lo largo de su trayectoria centenaria, el Real Madrid ha mantenido siempre una actitud respetuosa y considerada hacia el poder constituido, fuera cual fuese la forma del régimen existente: monarquía constitucional, dictadura primorriverista, república, régimen franquista y monarquía democrática. Raimundo Saporta no era nada hipócrita cuando afirmaba que “el Real Madrid es y ha sido político. Ha sido siempre tan poderoso por estar al servicio de la columna vertebral del Estado. Cuando se fundó en 1902 respetaba a Alfonso XIII, en el 31 a la República, en el 39 al Generalísimo, y ahora respeta a Su Majestad Juan Carlos. Porque es un Club disciplinado y acata con lealtad a la institución que dirige la nación”⁸¹.

Este acatamiento al poder constituido le ha permitido establecer o cultivar buenas relaciones, institucionales o personales, con los políticos de todas las tendencias: con los conservadores y liberales de la Monarquía alfonsina, con los republicanos (hay que destacar aquí la figura poco conocida de Rafael Sánchez Guerra, conspirador antiprimorriverista y secretario general de la Presidencia de la República con Alcalá Zamora antes de acceder a la presidencia del Madrid en 1935), con los franquistas (fueron socios Manuel Fraga,

⁸⁰ Julián GARCÍA CANDAU, *Madrid-Barça: historia de un desamor*, Madrid, El País, 1996, p. 39.

⁸¹ SHAW, *Fútbol y franquismo*, pp. 13 y 61.

Fernando María Castiella, José Solís, Gregorio López Bravo o Tomás Garicano Goñi, y militares como Luis Carrero Blanco, Camilo Alonso Vega o José Millán Astray fueron habituales en el palco, y aunque Franco no era amigo personal de Bernabéu, parece que no se perdía un encuentro televisado del Real Madrid⁸²), con los políticos de la UCD (Ricardo de la Cierva, Juan José Rosón, Federico Gallo, Gabriel Cisneros, Rodolfo Martín Villa), con los socialistas (José Luis Corcuera, Francisco Fernández Ordóñez, Enrique Múgica, Gregorio Peces-Barba padre e hijo⁸³) y con los populares (no es ningún secreto la adscripción madridista de José María Aznar —socio del Club desde su más tierna infancia—, y de una parte significativa de su gabinete). Pero el Club también ha tenido bien claro que, como institución, no debía inmiscuirse en disputas partidistas, ni tampoco tolerar intromisiones de fuerzas políticas en la marcha de la Entidad.

La misma figura de Bernabéu era mucho más compleja de lo que parecía a simple vista. Ajeno a los avatares de la política cotidiana, Bernabéu era, ante todo y sobre todo, una persona de orden, con arraigadas convicciones centralistas y españolistas. En su juventud militó en la CEDA, pero no parece acertado atribuirle una ideología concreta: ni monárquico como su entorno de amigos ni republicano como su padre, no puede decirse que fuera hombre del régimen en el sentido estricto de la palabra, ya que tuvo frecuentes encontronazos con las altas esferas de poder controladas por FET, especialmente la Delegación Nacional de Deportes regentada por José Antonio Elola-Olaso de 1956 a 1966. Su opinión era que el Madrid no servía al franquismo o a Falange, sino al pueblo español: “Estamos prestando un servicio a la nación. Nosotros lo que queremos es tener contenta a la gente. Le digo que estamos prestando un servicio porque a la gente le gusta mucho el fútbol, y con el fútbol los españoles hacen más llevaderos sus problemas cotidianos”⁸⁴. Sus encontronazos con el poder no fueron frecuentes, pero sí muy reveladores del celo con que preservaba la independencia del Club. Se enemistó con el general Millán

⁸² SHAW, *Fútbol y franquismo*, p. 50.

⁸³ María Eugenia YAGÜE, *El padrino: la irresistible ascensión de Ramón Mendoza*, Madrid, Temas de Hoy 1991, p. 186.

⁸⁴ *Informaciones*, 26-2-1971.

Astray porque le expulsó del palco después que éste se insolentara con la esposa de un diplomático extranjero. El fundador de la Legión le retó en duelo con la aquiescencia del entonces Delegado Nacional de Deportes José Moscardó, pero el lance fue evitado gracias a la intervención de otro militar de mayor rango: el ministro del Ejército Agustín Muñoz Grandes. Tuvo también un roce público con el ministro de Agricultura Rafael Cavestany, quien se quejó en pleno Consejo de Ministros de que Bernabéu no le había ofrecido el asiento central del palco⁸⁵.

Como vemos, las relaciones de Bernabéu con el régimen no fueron siempre felices. Además, no resulta aceptable tratar el período franquista como un todo homogéneo y rectilíneo, sin matices diferenciadores. El deber del historiador es matizar y distinguir fases y momentos distintos. Por lo que atañe a las relaciones mutuas entre el Real Madrid y el régimen de Franco, cabe diferenciar, al menos, dos grandes etapas, enmarcadas por una crisis inicial (la depuración sufrida en la posguerra) y una crisis postrera (el *affaire* del proyecto urbanístico frustrado de la “Torre Blanca” de 1973), cuya línea divisoria es la conquista de las Copas de Europa. El Madrid logró sobrevivir al naufragio de la contienda civil sin contar con el patrocinio oficial, aunque consiguió superar el riesgo evidente de desaparición gracias a los apoyos llegados desde el estamento militar. A ese buen entendimiento contribuyeron las viejas querencias hacia la milicia existentes desde antiguo en el seno del club, y las nuevas conexiones forjadas en los campos de batalla de la recién concluida contienda civil, ya que Bernabéu, después de abandonar el refugio de la Embajada francesa de Madrid, se alistó como voluntario en el bando nacionalista, donde combatió a las órdenes de Muñoz Grandes. De 1939 a 1953, en los momentos más duros del franquismo, el Athletic de Bilbao, el Atlético de Madrid, el Barcelona, el Valencia o el Sevilla ganaron la Liga, pero no así el Madrid, quien, desasistido de los poderes públicos, hubo de sufragar la construcción de su estadio mediante el sistema de empréstitos suscritos por socios y simpatizantes.

La enorme fuente de ingresos de la gigantesca instalación deportiva y los éxitos en la Copa de Europa, cuyo arranque el régimen

⁸⁵ SHAW, *Fútbol y franquismo*, p. 52.

franquista contempló con prevención, supusieron un cambio en la actitud oficial hacia el club blanco, motivada más por la conveniencia política que por una neta sintonía ideológica. En ese sentido, es cierta la apreciación del periodista Alex Botines de que “el Real Madrid ha sido, durante años, el equipo que mejor ha servido al régimen. El Real Madrid ha pregonado por todo el continente la importancia de un país que evolucionaba con forzoso y forzado retraso respecto a todo lo europeo. Nuestro subdesarrollo encontraba en el Real Madrid una excepción que permitía a los españoles salir al extranjero ‘con la cabeza muy alta’”⁸⁶. Al ganar las seis primeras Copas de Europa mejoró sin duda la imagen franquista en el exterior, pero el Madrid no buscaba mejorar la imagen de un régimen en concreto, sino la del país. Por ello se le puede achacar el ser más nacionalista español que otra cosa. Un importante elemento de nacionalización, añadiríamos nosotros, cuya capacidad de irradiación patriótica y su eficacia para difundir una determinada simbología y mensaje nacionalista s está aún por estudiar en toda su magnitud. Lo que sí se puede aventurar es que la opción política del madridismo ha sido un antipoliticismo retórico que ha enmarcado dos rasgos esenciales, no enunciados de forma consciente, sino definidos en negativo a la luz de la más potente identidad colectiva de los rivales: uno es el conservadurismo elitista exhibido por los directivos en confrontación al populismo dominante en clubes como el Atlético de Madrid. El otro es un irrenunciable españolismo en perpetua confrontación con clubes que aspiran a compendiar la representación deportiva de las nacionalidades periféricas, como es el caso del F.C. Barcelona o el Athletic de Bilbao. En ese último aspecto, el Real Madrid siempre ha abominado ser “más que un club”, el “equipo del régimen” o el “club del gobierno”, pero ha proclamado sin complejos su vocación de ser el embajador deportivo de España en el extranjero.

A fines de los sesenta, el Real Madrid era indiscutiblemente el equipo de fútbol más popular del mundo, con seis títulos y dos Subcampeonatos en trece Copas de Europa disputadas. Y ello coincidía en un momento en que el régimen franquista, después de

⁸⁶ Alex BOTINES, *La gran estafa del fútbol español*, Barcelona, Hamaika, 1975, p. 71.

sufrir la “cuarentena” internacional, empezaba a regresar lentamente a la escena diplomática tras la firma en septiembre 1953 de los pactos de ayuda militar y económica con los Estados Unidos. España seguía sufriendo el repudio político de la Europa democrática, y presentaba unos resultados deportivos internacionales insignificantes, con sólo cuatro medallas a los largo de seis Olimpiadas. En ese contexto político desfavorable, pero lleno de nuevas expectativas de cambio económico desde fines de los cincuenta gracias al Plan de Estabilización, los éxitos del Real Madrid en el extranjero fueron explotados concienzudamente por el régimen como baza legitimadora en el interior, y como reflejo de la imagen de seriedad, fuerza, eficacia y cosmopolitismo que el régimen deseaba proyectar al exterior. De ahí a concluir que el Gobierno había ayudado sistemáticamente al club, y urdido entre bastidores una buena parte de sus victorias domésticas y foráneas había sólo un paso, que los amantes de la teoría conspiratoria de la Historia franquearon rápida y ávidamente⁸⁷. Nació así la leyenda del Madrid como creación y “equipo del Régimen”, cuando hemos visto que en los primeros quince años de posguerra —los más duros del franquismo— el Madrid no ganó ningún título liguero.

Según Enrique Gil de la Vega “Gilera”, periodista deportivo de *ABC*, “es indudable que el Real Madrid, al ganar seis copas de Europa, mejoró la imagen de la España franquista en el extranjero. No fue sólo por los resultados que obtuvo, sino también por el estilo con que jugó, espectacular y altanero, un estilo que originaba colas para conseguir entradas allí donde jugase Pero el club no era franquista. El Madrid se hubiese comportado igual con otro tipo de régimen. Y cualquier tipo de régimen derechista, socialista o lo que sea habría gozado con la gloria refleja que el club creaba. Eso es lo que siempre ha ocurrido con los equipos deportivos de éxito en todo el mundo”⁸⁸. La política del favor mutuo que practicó y aún practica la entidad blanca con las diferentes instancias de gobierno es la mejor

⁸⁷ Véanse las declaraciones del diplomático Inocencio Arias, antiguo director general del Club de 1993 a 1995, en *El Real Madrid, campeón de Europa*, Madrid, Prensa Española, 1996, p. 367.

⁸⁸ Cit. por Carlos FERNÁNDEZ SANTANDER, *A bote pronto: el fútbol y sus historias*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, p. 94

confirmación de su poder político y de sus límites, asumidos consciente o inconscientemente por los directivos. El Real Madrid facilita carnets de socio, abonos y pases a los representantes de todos los niveles de la Administración, y proporciona una visibilidad pública incontestable a los líderes políticos, además de proyectar una imagen positiva de Madrid y de España en el extranjero. Una de las formulaciones verbales más significativas de los móviles del favor otorgado por el régimen al Real Madrid está en unas palabras del entonces ministro Secretario General del Movimiento José Solís a los jugadores del equipo blanco con motivo de un banquete ofrecido al Jeunesse de Luxemburgo:

“Vosotros habéis hecho mucho más que muchas embajadas desperdigadas por esos pueblos de Dios. Gente que nos odiaba ahora nos comprende, gracias a vosotros, porque rompisteis muchas murallas [...] Vuestras victorias constituyen un legítimo orgullo para todos los españoles, dentro y fuera de nuestra Patria. Cuando os retiráis a los vestuarios, al final de cada encuentro, sabed que todos los españoles están con vosotros y os acompañan, orgullosos de vuestros triunfos, que tan alto dejan el pabellón español”⁸⁹.

Bernabéu citó en alguna ocasión una frase muy similar del ministro de Asuntos Exteriores Fernando María Castiella: “El Real Madrid es un estilo de deportividad. Sus jugadores son auténticos embajadores de deportividad”. Y el presidente madridista apostillaba: “Estas son las cosas que nos dan fuerza”⁹⁰. Pero a Saporta —sin duda, el más franquista de los directivos de la Entidad— le correspondía matizar que “el Real Madrid es el representante futbolístico, más caracterizado en el extranjero, de España. Pero esta representación es

⁸⁹ Palabras pronunciadas el 21-10-1959, recogidas en el *Boletín Informativo del Real Madrid*, nº 112, noviembre 1959 y citadas por Shaw, *Fútbol y franquismo*, p. 18 y Fernández Santander, *A bote pronto*, p. 92.

⁹⁰ Pedro RODRÍGUEZ, “Bernabéu, radiografía de un presidente”, *Arriba*, 26-12-1968.

independiente del Gobierno o de régimen que manda en nuestro país”⁹¹.

En contrapartida a estos servicios, el poder político otorgaba pequeños o grandes favores, que podían ir desde una tramitación rápida de un visado o una nacionalización de urgencia a una mediación en un conflicto de intereses con la administración deportiva o los medios de comunicación del Estado. Pero de ahí a transformar al Real Madrid en mera correa de transmisión de los intereses estatales, al estilo del Honved de Budapest o el TSKA de Moscú en la época comunista, mediaba un abismo. Por ello, su imagen como “equipo del gobierno” durante el franquismo o la actual situación política, debe ser muy matizada. El gerente del club, Santiago de Julián, dijo a Shaw el 6 de noviembre de 1985: “Sería imposible negar que muchos de los ministros de Franco apoyaban al Madrid. Pero ¿qué podía hacer el club a este respecto, impedirles entrar en el estadio? El Real Madrid siempre ha sido popular entre los políticos y los jefes de Estado, desde los tiempos de Alfonso XIII, quien nos dio el título de real en 1920. Probablemente les gustaba venir y observarnos, porque el equipo habitualmente jugaba un fútbol muy emocionante, no por ninguna otra razón. ¿Y pensáis que los mismos ministros no iban a observar al Atlético de Madrid de vez en cuando? Por supuesto que lo hacían, y algunos de ellos también aparecían en el F.C. Barcelona cuando estaban en Cataluña, y allí eran tratados exactamente con la misma cortesía que aquí en el Real Madrid”⁹².

A la muerte de Bernabéu, la prensa no dejó de observar que, “más que ser el Madrid el equipo del régimen y Bernabéu un hombre apoyado por éste, como se ha dicho, fue el régimen el que se favoreció de la tarea de Bernabéu. El poderoso equipo madridista fue toda una propaganda en los años en que el bloqueo era todavía un recuerdo reciente, y la ilusión de no pocos trabajadores. Por lo demás, él nunca

⁹¹ José Luis CEBRIÁN BONÉ (coord.), *Historia viva de Real Madrid, 1902-1987*, Madrid, Prensa Española-Europa Press Reportajes, 1987, vol. I, p. 139.

⁹² SHAW, *Fútbol y franquismo*, pp. 51-52.

buscó favores ni se interesó gran cosa por la política”⁹³. El propio gerente Antonio Calderón no dudó en señalar que “fue el régimen el que se benefició del Madrid por el gran nombre que tenía en Europa y los efectos públicos que le reportaba. Nosotros padecimos también los problemas de la política nacional”, y aducía una larga serie de trabas planteadas al equipo de baloncesto para salir a extranjero⁹⁴. Al final de su vida, Bernabéu negó con ardor que el club estuviera al servicio del franquismo, que en 1973 dio carpetazo al proyecto urbanístico de la “Torre Blanca”, y sostuvo que el prestigio del club en el mundo, gracias a sus éxitos deportivos, “fue aprovechado por el régimen”. Es más, se quejaba amargamente del mal trato recibido por el Real Madrid al concluir la guerra civil — “nos metieron en la cárcel a medio equipo”, recuerda—, en contraste con los apoyos recibidos por el vecino club rojiblanco.

En definitiva, y como hemos tratado de mostrar a lo largo de este pequeño ensayo, las relaciones entre el deporte y el poder político no son unívocas ni siquiera en los regímenes dictatoriales y totalitarios. Las vastas implicaciones del hecho deportivo en el dominio económico, social o simbólico-cultural le hacen resistirse a ser constreñido en el espacio puramente político, aunque la intervención del Estado resulta difícilmente evitable a la hora de fomentar y sostener el deporte de alta competición. Un hecho incontrovertible de nuestra época es que el enorme poder e influencia acumulados por las organizaciones deportivas (especialmente los clubes de fútbol y sus instituciones anejas: ligas profesionales y federaciones nacionales e internacionales) les permite mantener un contacto casi de igual a igual con los poderes públicos, y posibilita que algunos de sus dirigentes den con soltura el salto hacia la política local o nacional. Los casos del ya citado Silvio Berlusconi en Italia, del malogrado Jesús Gil en España o del declinante Bernard Tapie en Francia son suficientemente ilustrativos de este aserto. Pero ha quedado demostrado que la mejor garantía de eficacia de la actividad deportiva y de un amplio poder de influencia social radica en

⁹³ “Su vida y su obra”, *El País*, 3-6-1978.

⁹⁴ GARCÍA CANDAU, *Madrid-Barça: historia de un desamor*, pp. 233-234.

mantener una prudente separación respecto de la esfera puramente política. Así lo reivindicaba, entre perplejo e indignado, el presidente madridista Luis de Carlos a fines de los años setenta: “El Madrid existe desde 1903 [sic], y en 76 años han habido varios regímenes políticos, varios gobiernos... y en el paso de todo el tiempo, el Madrid ha estado y está ahí, conquistando títulos y trofeos, ganando partidos y perdiéndolos. Vuelvo a preguntar: ¿De qué gobierno era equipo el Real Madrid?”⁹⁵.

⁹⁵ Cit. por Francisco CAUDET YARZA, *Fútbol: deporte, espectáculo y escándalo*, Barcelona, Antalbe, 1979, p. 274.

